

El Pueblo de Dios

por Robert F. Turner

El Pueblo de Dios

por Robert F. Turner

*Traducido por
Laurencio Garduño
y
Roberto V. Spencer*

*Revisado y corregido por
Mark Reeves
mayo, 2013*

Se ofrece este material de clase bíblica gratuitamente para el uso de individuos e iglesias locales. Sin embargo, este material está protegido por derechos de autor (copyright) y no se permite alterarlo, editarlo, venderlo, usarlo en actividad comercial, transmitirlo electrónicamente o publicarlo en cualquier sitio web sin el consentimiento expreso y por escrito de Byron G. Gage, bgage@sa-bible.org.

**Copyright © 2008, 2013
Derechos Reservados**



Robert F. Turner

3 de noviembre, 1916 – 12 de octubre, 2007

El hermano Turner, así lo llamaban con cariño los hermanos en los Estados Unidos y en varios otros países, deseaba que muchos de sus obras estuvieran disponibles a todos gratuitamente. Era maravilloso maestro y predicador del evangelio de Jesucristo. Su perspicacia, sabiduría, claridad de pensamiento, e ingenio fueron una bendición a todos y la envidia de compañeros de predicación no pocos. En mi opinión, su entendimiento de la naturaleza de la iglesia según la presentación de ella en las páginas de las Escrituras es sin par.

El Pueblo de Dios

Índice

Lección 1 – Introducción: el Pueblo de Dios.....	1
Lección 2 – Los Escogidos de Dios, los Israelitas.....	5
Lección 3 – Dios Busca a un Pueblo en Israel.....	9
Lección 4 – Cristo – la Clave del Pueblo de Dios	13
Lección 5 – ¿Qué fue “Establecido” en el día de Pentecostés?	17
Lección 6 – El Corazón del Pueblo de Dios	21
Lección 7 – La Llamada a los Elegidos	24
Lección 8 – Viviendo “Como al Señor”	28
Lección 9 – “La Iglesia” y el Pueblo de Dios.....	32
Lección 10 – La Obra de la Iglesia Local	36
Lección 11 – Conceptos Erróneos sobre “Iglesia”	40
Lección 12 – La Verdad es una Montaña	44
Lección 13 – El Pueblo de Dios por la Eternidad.....	48

LECCIÓN UNA

Introducción: el Pueblo de Dios

“Entonces dijo Dios, ‘Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y señoree en los peces del mar, en las aves de los cielos, en las bestias, en toda la tierra, y en todo animal que se arrastra sobre la tierra.’ Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó. Y los bendijo Dios, y les dijo, ‘Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra, y sojuzgadla, y señoread en los peces del mar, en las aves de los cielos, y en todas las bestias que se mueven sobre la tierra’” (Génesis 1:26-28).

En cierto sentido, toda gente es “pueblo de Dios” y creemos que todos fueron creados en realidad con un gran y noble propósito. El salmista se maravilló de esta culminante obra del Creador, diciendo, “Cuando veo tus cielos, obra de tus dedos, La luna y las estrellas que tú formaste, Digo: ¿Qué es el hombre, para que tengas de él memoria, Y el hijo del hombre, para que lo visites? Le has hecho poco menor que los ángeles [*elohim*, objetos de adoración], Y lo coronaste de gloria y de honra” (Salmo 8:3-9).

Bien sabemos que tal concepto es negado por mucha gente hoy. Los que rechazan al Divino Creador aceptan un mundo que existe por casualidad improbable e incomprensible – que algo vino de nada.

Se deduce entonces que el hombre ha evolucionado de simple sustancia inorgánica, y tiene una vida corta y sin propósito. Muere sin esperanza, y su cuerpo biodegradable vuelve al ciclo que va a ningún lugar. La inutilidad de todo esto basta para recomendar una búsqueda de algo mejor – pero muchas veces el orgullo y la mala gana de reconocer a un ser superior deja al hombre palpando en la oscuridad, rechazando la luz que está disponible. Y éste es el hombre que nos acusa de confiar “a ciegas” en un Dios “improbable.”

Obviamente el Dios verdadero, por Su naturaleza, no sería sujeto a la probeta del hombre. Tendría que revelar sí mismo. Pero Dios es más que una hipótesis. El irrefutable “Camino, Verdad, y Vida” es una figura histórica – Jesús de Nazaret, la culminación de revelación Divina. [La presente obra] “El Pueblo de Dios” es escrito por uno que cree en Dios, en su Espíritu Santo, y en Emanuel o “Dios con nosotros,” como visto en la vida, muerte, y resurrección de Jesucristo.

Creando en un Creador eterno e inteligente, creemos que dicho Creador actuó con propósito. Ha de haber tenido un propósito en la creación – algo más que un capricho o impulso repentino. Probablemente hay propósitos de Dios no revelados que no podemos descubrir. No obstante, la revelación disponible relaciona el Divino propósito directamente con el hombre, y esto es nuestro principal interés. Todos los que creen que el Creador se reveló a sus criaturas miran con confianza a esta revelación para [hallar] dicho propósito. Sea lo que sea su propósito, creemos que el mejor bien para el hombre se realiza en llevar a cabo dicho propósito. En la palabra de Dios y en este estudio los que por la gracia de Dios buscan satisfacer Su divino propósito se llaman el “**pueblo de Dios**” en un sentido muy especial (1 Pedro 2:9-10).

El Propósito Eterno de Dios Para Sus Criaturas

Los atenienses en Hechos 17 eran gran siervos de Dios, o así lo pensaban. Edificaron templos hermosos, dedicaron estatuas finas, y dieron a sus dioses dádivas lujosas. Pero no comprendían lo que el Creador deseaba de sus criaturas. Cuando Pablo les describió el Dios verdadero, les dijo, “El Dios que hizo el mundo y todas las cosas que en él hay, siendo Señor del cielo y de la tierra, no habita en templos hechos por manos humanas, ni es honrado por manos de hombres, como si necesitase de algo; pues Él es quien da a todos vida y aliento y todas las cosas” (Hechos 17:24-25). ¡Qué absurdo pensar que el Creador pudiera ser complacido con cosas materiales! Más bien, Dios desea ciertas *respuestas* de parte de sus criaturas. Pablo también dijo, Dios “de una sangre ha hecho todo el linaje de los hombres . . . para que busquen a Dios, si en alguna manera, palpando, puedan hallarle, aunque ciertamente no está lejos de cada uno de nosotros” (versículos 26-27). La suficiencia inherente de Dios no niega su propósito en crear al hombre, y en exigir ciertas actitudes y conducta. Para Su propósito, y nuestro bien, ***Él quiere que “le busquemos y le hallemos.”***

En Romanos 1 cuando se describen los pecados del hombre y se nos muestra que Dios es justo en condenar a toda la humanidad, otra vez se nos da una muestra del deseo de Dios para sus criaturas. Pablo dice que el hombre podía percibir el eterno poder y deidad de Dios, por observar el producto de Su creación, y “que no tienen excusa. Pues habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias” (v. 21). El otro lado de estas expresiones negativas es que Dios desea que le “glorifiquemos” y le “demostramos gracias.” ***Desea un pueblo que adore a su Creador, y que reconozca su dependencia de Él.***

En el registro de Génesis Dios dijo, “Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza . . .” (1:26). Ciertamente esto no se refiere a la apariencia física del hombre. Dios es Espíritu (Juan 4:24), y sin “forma” (Deuteronomio 4:12-19). “A la imagen de Dios” ha de referirse a la naturaleza espiritual del hombre, su inteligencia, y libre albedrío – teniendo una personalidad con conciencia de sí mismo lo cual le eleva sobre otra vida animal (Salmo 8:5-8). Tenemos confianza en sugerir que ya que “Dios es amor” (1 Juan 4:7-8), nosotros que somos creados a su imagen tenemos la capacidad ética de manifestar esta característica de Dios. Creemos que Dios quería que los objetos de Su amor fueran capaces de devolver amor a su Creador, un amor que se manifiesta en sumisión a Dios (1 Juan 2:3-5). Jesús dijo que el primero y grande mandamiento de Dios era “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón . . . alma . . . mente” (Mateo 22:36-40). Dios deseaba que Sus criaturas “le buscaran y le hallaran;” miraran a Él, sintieran dependencia de Él, ***y respondieran al amor de Dios con amor.***

Los Propósitos de Dios Determinan la Naturaleza del Hombre

Los requisitos estipulados por Dios para el hombre suponían criaturas “a la imagen de Dios” que pudieran querer y actuar a una base la voluntad propia. Pero los teólogos nos dicen que el libre albedrío de parte del hombre deshonraría la soberanía de Dios – el hombre podría decir “No” a su Creador. Quisieran convencernos que Dios arbitrariamente seleccionó a los que había de salvar, y nuestras acciones no tienen nada que ver con la decisión. Por supuesto la soberanía de Dios es vindicada en juicio final e irrevocable (2 Corintios 5:10), porque nadie puede rechazar a Dios con impunidad. De otra parte, la misma naturaleza de Dios demanda nada menos que una respuesta moral a Su voluntad. Esto quiere decir un pueblo que de su propia voluntad dicen “Sí” a su Creador. A menos que estemos libres para decir “Sí” o “No,” nuestro amor y alabanza se hacen palabras y acciones de meros títeres, no teniendo valor moral.

Este poder de selección también concuerda con una característica de Dios que frecuentemente se recalca en Sus Escrituras. Dios no hace acepción de personas – trata justamente a todos los que son creados a su imagen – en el Antiguo Testamento (Deuteronomio 10:17; Ezequiel 18:19-24), y en el Nuevo (Romanos 2:11; Efesios 6:9). Pedro dijo, “En verdad comprendo que Dios no hace acepción de personas, sino que en toda nación se agrada del que le teme y hace justicia” (Hechos 10:34-35). Con libre albedrío, y tratado justamente sin acepción de personas, el hombre se hace del **pueblo de Dios** (en el verdadero sentido moral) cuando cumple un propósito principal que Dios le tenía al crearle. Pablo escribió, “Si, pues, coméis o bebéis, o hacéis otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios” (1 Corintios 10:31).

Proponemos una simple tesis: ***Dios dio a cada uno de nosotros un “ser” moral y libre, y después pide que se lo devolvamos.*** Jesús lo dijo de esta manera, “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame” (Mateo 16:24). Creemos que la búsqueda de Dios para “un pueblo propio” en este sentido moral ha sido claramente indicada desde el principio de la revelación de Su voluntad. Su **“pueblo”** no es determinado por raza; [no se refiere] simplemente a los miembros en buen estado de un partido o iglesia; pero es cierta clase o calidad de gente. Ciertamente no son dioses, pero sí han “huido de la corrupción que hay en el mundo” mediante las provisiones que Dios ha hecho para que los verdaderos creyentes sean “participantes de la naturaleza divina” (2 Pedro 1:1-4).

El autor de este libro ve la Biblia como la literatura inspirada [que revela] el desarrollo de los planes de Dios para sus criaturas. Su Propósito Eterno, Promesa, y Profecías se hallan en el Antiguo Testamento; y la Preparación y Perfección de la dispensación Cristiana son reveladas en el Nuevo Testamento.

En este estudio trataremos de trazar el despliegue del propósito y plan [de Dios] para el desarrollo de ***Su pueblo***. Tratando al hombre como ser que tiene libre albedrío, por lo tanto responsable por sus acciones, una infracción de la voluntad de Dios de parte del hombre es pecado (1 Juan 3:1-6). Pero el hombre también tiene la capacidad para una fe que confía en el Divino poder y dará cuenta de sí en esto. Dios hace por el hombre lo que el hombre no puede hacer por sí mismo. A condición de una fe obediente de todo corazón, Dios provee el medio de escapar del pecado. En Jesucristo los pecados son perdonados, podemos llegar a ser del pueblo de Dios, y tener la gran promesa de un hogar eterno en el cielo.

PREGUNTAS SOBRE LA LECCIÓN

1. Si Dios aun ha de ser revelado, ¿por qué tendrá que revelar a Sí Mismo?

2. ¿Hay evidencia de que el hombre fue creado con propósito divino?

3. ¿Cuáles son algunas respuestas que Dios espera de los seres humanos?

4. ¿Cómo figuran tales expectativas de Dios en la naturaleza que dio al hombre?

5. ¿Por qué era necesario el libre albedrío para cumplir el propósito que Dios tenía en crear al hombre?

LECCIÓN DOS

Los Escogidos de Dios, los Israelitas

Parecerá que el título de esta lección contradiga el libre albedrío y [el concepto de] “no hay acepción de personas para con Dios”. Pero no se puede negar que las Escrituras claramente hablan de ciertos descendientes de Abraham como **“pueblo de Dios.”** Leemos, “Porque tú eres pueblo santo para Jehová tu Dios; Jehová tu Dios te ha escogido para serle un pueblo especial, más que todos los pueblos que están sobre la tierra” (Deuteronomio 7:6). Este pueblo era una “gente santa” (Éxodo 19:6), “escogidos” por Dios.

Tales declaraciones son repetidas tan a menudo en las Escrituras que parece redundante ofrecer más pruebas aquí. Sin embargo, conviene notar que la idea fundamental de [la palabra] hebrea *kadesh* (griego, *hagios* – “santo”) es “separación,” sin idea moral o ética. Este pueblo fue físicamente “separado” por orden Divina; pero la “santidad” *moral* (como la expresión después llegó a ser usada) era cosa diferente, no relacionada al linaje, como veremos. Sin embargo, por el momento debemos considerar cuidadosamente cómo los Israelitas llegaron a ocupar tan favorable posición física, y por qué se hizo tal escogimiento. No podemos evaluar bien los significados posteriores de [la frase] **“pueblo de Dios”** sin estos antecedentes históricos.

Abraham, un hombre de fe (Hebreos 11:8-10), no era judío. El registro de Génesis nos dice que la “tierra de su nacimiento” era Ur de los caldeos (11:26-28); y fue clasificado con los “incircuncisos” (gentiles) por un tiempo (Romanos 4:10-12). Pero Dios hizo una promesa a Abraham, la cual después fue repetida a sus descendientes, diciendo, “haré de ti una nación grande” (Génesis 12:1-2). Nótese, “haré de ti”. Abraham era la “raza de cría” (disculparán la expresión tejana) de la cual Dios formó una raza especial y nación de gente. [Abraham] fue separado de su tierra (versículo 1); a él y a todos los varones de su casa les fue dado el pacto especial de la circuncisión (17:1-14); y su esposa anteriormente estéril, Sara, le dio un hijo (“de promesa”) cuando él era de “cien años” (21:1-7). Después, este hijo, Isaac, tomó una esposa de la parentela de su padre (capítulo 24); y Jacob, el hijo “escogido” de Isaac, tomó una esposa de la gente de su madre (28:1-4). Ambos hombres fueron advertidos que no tomaran esposas de las hijas de Canaán, ni de otras naciones donde vivían, una advertencia que fue extendida por todas las generaciones en el futuro. Claramente, esto era un proceso de cría – la “producción” de una raza de gente, que habían de cumplir los propósitos de Dios de manera especial.

Jacob tuvo doce hijos, y sus familias formaron la base de las doce tribus de Israel, un nombre dado a Jacob cuando luchó con un ángel (Génesis 32:24-28). José, un hijo de Jacob, fue vendido por sus hermanos envidiosos y llevado a Egipto donde con el tiempo llegó a ser un oficial civil prominente (41:37-43). Los otros hijos y sus familias vinieron a Egipto a comprar grano, fueron persuadidos a quedarse allí, y, después de la muerte de José y un cambio de gobierno, fueron hechos esclavos de los Egipcios (capítulo 42; Éxodo 1). Múltiples generaciones de dificultades les soldaron como pueblo – haciéndose los “Israelitas” que Moisés guió por el desierto a la tierra prometida.

Dios les prometió ciertas tierras (Génesis 15:18-21), pero el cuidadoso estudio bíblico refuta toda reclamación a la tierra en el futuro por los “premilenaristas” de hoy, o por los del movimiento Anglo-israelita. Josué, el líder militar que les guió a la tierra, dijo “De esta manera dio Jehová a Israel toda la tierra que había jurado dar a sus padres, y la poseyeron y habitaron en ella . . . No faltó palabra de todas las buenas promesas que Jehová había hecho a la casa de Israel; todo se cumplió” (Josué 21:43-45). Y este mismo Josué dijo más. “Si traspasareis el pacto de Jehová vuestro Dios . . . pereceréis prontamente de esta buena tierra que él os ha dado” (23:11-16). Los profetas de Israel documentaron sus transgresiones, y reconocieron la pena. “¡Oh gente pecadora, pueblo cargado de maldad . . . Si Jehová de los ejércitos no nos hubiese dejado un resto pequeño, como Sodoma fuéramos, y semejantes a Gomorra” (es decir, totalmente destruida, Isaías 1:4-9). Mediante Jeremías, Dios dijo a los ancianos de los sacerdotes, “Porque me dejaron . . . desvaneceré el consejo de Judá y de Jerusalén . . .” Dios le dijo que quebrara una vasija de barro en su presencia y dijera, “Así quebrantaré a este pueblo y esta ciudad, como quien quiebra una vasija de barro, que no se puede restaurar más . . .” (Jeremías 19:1-11).

Esto no es “antisemítico” como algunos acusan. Es un reconocimiento de eventos ilustrados por profetas judíos; y de mayor importancia, un reconocimiento de que la formación de este **“pueblo”** y el darles bendiciones especiales no fueron sin propósito y condiciones. Aun su “elección” fue condicional (Éxodo 19:5-6). Dios no hace acepción de personas hoy, ni jamás lo ha hecho (Deuteronomio 10:17; Hechos 10:34). Sus deseos y últimas metas para todas sus criaturas nunca han cambiado. Debemos de ver la elección de Israel en el principio a la luz del eterno propósito de Dios para la humanidad – la encarnación y sacrificio de su Hijo, para que “todas las naciones” sean bendecidas. Lo que Israel cumpla o no cumpla hoy tendrá la misma relación al propósito de Dios como la de cualquier otra nación.

Miremos otra vez la promesa original que Dios hizo a Abraham en Génesis 12:2-3. “Haré de ti una nación grande, y te bendeciré, y engrandeceré tu nombre, y serás bendición. Bendeciré a los que te bendijeren, y a los que te maldijeren maldeciré; y serán benditas en ti todas las familias de la tierra.” Una repetición de la promesa en Génesis 22:18 lee, “en tu simiente serán benditas todas las naciones de la tierra.” No tenemos que adivinar el significado. Pablo escribe, “Ahora bien, a Abraham fueron hechas las promesas, y a su simiente. No dice, ‘Y a las simientes,’ como si hablase de muchos, sino como de uno, ‘Y a tu simiente,’ la cual es Cristo” (Gálatas 3:16). El énfasis gramático de Pablo hace claro que las bendiciones para “todas las naciones” no dependían de Israel como nación, ni de los judíos como pueblo, sino de uno de los descendientes de Abraham, Jesucristo.

Además, las “bendiciones” para todas las naciones en Cristo son espirituales. Las profecías mesiánicas de Isaías así lo testificaron (4:2-4; 10:20-23; etc.), y prometieron estas bendiciones para gentiles así como para judíos (49:5-6). Pedro habló del “pacto que Dios hizo con nuestros padres, diciendo a Abraham, ‘En tu simiente serán benditas todas las familias de la tierra.’ A vosotros primeramente, Dios, habiendo levantado a su Hijo, lo envió para que os bendijese, a fin de que cada uno se convierta de su maldad” (Hechos 3:25-26). En la proclamación de Cristo como “las misericordias fieles de David,” Pablo dijo, “Sabed, pues, esto, varones hermanos: que por medio de él se os anuncia perdón de pecados” (Hechos 13:34-38). Los aspectos físicos de la promesa de Dios a Abraham eran solamente un medio para un fin más importante y eterno, el de la salvación de los pecados para toda la humanidad. “Ya no hay judío ni griego . . .

todos vosotros sois uno en Cristo Jesús, Y si vosotros sois de Cristo, ciertamente linaje de Abraham sois, y herederos según la promesa” (Gálatas 3:26-29).

Pasaba mis primeros tres años de escuela en una cabaña de troncos (lo cual sin duda me calificaba como material presidencial). Al fin de la semana la profesora, señorita Lulu, muchas veces daba a sus alumnos un regalo. Un alumno fue escogido, fue dado una cesta de manzanas, y el gran honor de repartir las bendiciones. Por un tiempo el alumno escogido parecía tener todas las manzanas, pero al final quedó con solamente una manzana, y la cesta volvió a la profesora. [Dicho alumno] había sido escogido, no como favorito para siempre, sino como vehículo para llevar bendiciones a todos los alumnos. Considérese esto como ilustración del escogimiento de Israel por Dios.

El plan de Dios para la redención de la humanidad necesitaba la encarnación de la deidad. Había en el mundo en el tiempo de Abraham razas y culturas sumamente desarrolladas, pero Dios escogió desarrollar su propio pueblo, una raza especial mediante la cual su Hijo se pondría carne. Para este fin, [Dios] seleccionó a Abraham y a sus descendientes para ser el pueblo por el cual Cristo vendría (Hebreos 2:14-16). También los usaba como demostración de Su trato con la humanidad, y mediante ellos [Dios] reveló a Sí Mismo. Se entiende, desde el punto de vista humano, que ellos quisieran asumir más en esto de lo que fue prometido o proyectado, y que sería difícil para ellos aceptar lo que parecía papel menor cuando el cristianismo fue ofrecido a “todas las naciones.” Es menos comprensible cómo lectores de la Biblia hoy, con el relato completo ante ellos, puedan mantener la misma vista materialista y racial respecto a los primeros judíos.

El apóstol Pablo reconocía ciertas ventajas de los judíos: “Primero, ciertamente, que les ha sido confiada la palabra de Dios” (Romanos 3:1-2). Pero tales ventajas aumentaron las obligaciones morales en vez de disminuirlas (versículos 21-25). A pesar del amor de Dios para este pueblo especial y Su ayuda para ellos, siempre buscaba entre ellos, tal como entre todo pueblo, algo más que las características físicas o ceremoniales. Lo externo nunca bastaba. Pablo escribió, “es judío el que lo es en lo interior, y la circuncisión es la del corazón, en espíritu, no en letra . . .” (Romanos 2:29, véase también Deuteronomio 10:16). En el transcurso de nuestro estudio veremos que era necesario que Dios buscara a un “*pueblo*” *espiritual* aun entre los judíos.

El único verdadero “*pueblo de Dios*” en el sentido moral – ahora o en cualquier tiempo, Antiguo Testamento o Nuevo, a pesar de raza o dispensación – siempre han sido aquellos que libremente se dieron a sí mismos de todo corazón en sumisión a la voluntad de Dios. Ningún linaje de sangre o lista de miembros de la iglesia puede tomar el lugar de esta característica.

PREGUNTAS SOBRE LA LECCIÓN

1. ¿Cuáles fueron los dos elementos de la promesa a Abraham?

2. ¿Por qué a sus descendientes les fue prohibido casarse con alguien de otra nación?

3. ¿Por qué fueron sus descendientes llamados “gente santa” y “pueblo de Dios”?

4. ¿Recibieron sus descendientes la tierra que les fue prometida?

5. ¿Cuál condición se les exigía para poder quedarse en la tierra?

6. ¿Qué quería decir “en tu simiente” todas las naciones serán bendecidas?

7. ¿Cuál era la naturaleza de la “bendición” mencionada en la pregunta anterior?

LECCIÓN TRES

Dios Busca a un Pueblo en Israel

Cuando Dios llamó a Abraham y empezó a desarrollar una raza por la cual el Cristo vendría, [Dios] grandemente bendijo a este pueblo. Israel fue “escogido,” y desempeñaría un importante papel en el plan de redención de Dios. Sin embargo, el escogimiento no fue motivado por mérito o grandeza mundial, “sino por cuanto Jehová os amó, y quiso guardar el juramento que juró a vuestros padres . . .” La declaración continua: “Dios . . . guarda el pacto y la misericordia a los que le aman y guardan sus mandamientos, hasta mil generaciones; y que da el pago en persona al que le aborrece, destruyéndolo” (Deuteronomio 7:6-11). Los capítulos siete y ocho están repletos de advertencias, por si llegaran a rechazar a Dios. Claramente, Dios buscaba a **un tipo de pueblo especial**, aun entre la nación que fue “elegida” para vestir a su Hijo en carne. La relación de éstos en sangre con Abraham nunca era suficiente. Dios buscaba a un pueblo que le amara de corazón. Quería que fueran **Su pueblo** de manera especial, un “reino de sacerdotes” sometiéndosele y sirviéndole (Éxodo 19:5-6).

Moisés enseñó al pueblo, “¿qué pide Jehová tu Dios de ti, sino que temas a Jehová tu Dios, que andes en todos sus caminos, y que lo ames, y sirvas a Jehová tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma” (Deuteronomio 10:12). La búsqueda de Dios para **un pueblo verdaderamente dedicado** se recalca más (versículos 16-17) cuando llama a la gente a circuncidar figurativamente el corazón (significando dedicación genuina). Anticipando el deseo de la gente por un rey, Moisés fue dirigido a escribir las reglas de Dios respecto a la petición, para que sirviera a Jehová, y “para que no se eleve su corazón” (Deuteronomio 17:15-20). Saúl fue rechazado como rey porque no dio primer lugar a Dios, pues “Jehová se ha buscado un varón conforme a su corazón” (1 Samuel 13:13-14). En la unción de David, Dios dijo a Samuel que “Jehová no mira lo que mira el hombre; pues el hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero Jehová mira el corazón” (1 Samuel 16:7). Dios no había alcanzado su verdadera meta cuando formó la nación judía, o estableció el sistema de religión judío. Éstos eran solamente medios para un fin mayor de preparar el camino para el Cristo y para un **pueblo** de todas naciones que libremente le servirían.

La responsabilidad moral de cada individuo no se cumplía por su posición en el linaje físico de Cristo. A los judíos [Dios] dijo, “Yo he puesto delante de ti hoy la vida y el bien, la muerte y el mal . . .” “Mas si tu corazón se apartare y no oyeres . . . de cierto pereceréis.” “Escoge, pues, la vida, para que vivas tú y tu descendencia” (Deuteronomio 30:15-20). Responsabilidad personal también es enfatizada. “El alma que pecare, esa morirá; el hijo no llevará el pecado del padre, ni el padre llevará el pecado del hijo . . .” (Ezequiel 18:20). Isaías dijo a los descendientes de Abraham, “vuestras iniquidades han hecho división entre vosotros y vuestro Dios” (59:2), y prometió misericordia solamente a los que abandonaran su maldad. En las profecías de restauración este “remanente” penitente era él que había de ser salvo (Isaías 1:4-9; 10:20-23). Aunque un “remanente” literal era necesario para cumplir las profecías respecto al linaje de Jesús, Dios siempre buscaba a un **“pueblo”** a un base diferente y mucho más exigente que esto (Isaías 49:5-6).

Aun los sacrificios y ceremonias en el judaísmo ordenados por Dios no eran un fin en sí mismos. Isaías condenó el mero formalismo, diciendo, “¿Para qué me sirve,’ dice Jehová, ‘la multitud de vuestros sacrificios?’” Los llamó “vana ofrenda,” (Isaías 1:11-20). Dios habló por medio de Oseas, “Porque misericordia quiero, y no sacrificio, y conocimiento de Dios más que holocaustos” (6:6); y por Miqueas, “Oh hombre, él te ha declarado lo que es bueno, y qué pide Jehová de ti: solamente hacer justicia, y amar misericordia, y humillarte ante tu Dios” (6:8). Parece que los judíos pensaban que su linaje y su superficial observación de ordenanzas satisfacían a Dios, pero no era así. Nótese entonces que **Dios buscaba a un pueblo**, entre Israel y dentro del judaísmo, que sería suyo de sentido mucho más genuino y personal.

Juan el Bautista, mientras preparaba el camino para Cristo, daba un resumen de **la clase de pueblo** que el Señor buscaba entre los judíos. Les dijo que hicieran frutos dignos de arrepentimiento, y los reprendió por poner su confianza en linaje: “porque yo os digo que Dios puede levantar hijos a Abraham aun de estas piedras” (Mateo 3:8-9). Jesús comenzó Su ministerio personal llamando a Sus hermanos judíos al arrepentimiento (4:17). El desenmascaramiento de la hipocresía y de la tradiciones era típico de la obra del Señor (15:3-9), y a menudo incluía parábolas que advertían que el reino sería quitado de la élite religiosa y dado a los que produjeran frutos a Dios (21:33-46). Como fue dicho anteriormente, el primer y gran mandamiento era, “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente” (22:35-40).

Jesús trabajaba dentro de los preceptos del sistema religioso bajo el cual nació y los guardaba. Dijo a sus discípulos, “En la cátedra de Moisés se sientan los escribas y los fariseos. Así que, todo lo que os digan que guardéis, guardadlo y hacedlo.” Pero añadió, “no hagáis conforme a sus obras, porque dicen, y no hacen” (Mateo 23:1-3). Jesús sabía que la institución y el sistema eran solamente los medios para un fin mayor. Mientras Jesús preparaba el camino para este “fin mayor” (un verdadero **“pueblo de Dios”**) Él enfatizaba el significado más profundo en las leyes dadas a los judíos. Dios no necesitaba una sociedad de miembros acreditados por carné. Deseaba un **pueblo especial** que participaba de Su naturaleza: humilde, manso, misericordioso, limpio de corazón (Mateo 5:3-12). La ofrenda en el altar de Dios no sería aceptada si venía de manos inmundas (5:23-24). Una oración que se oraba para ser oída de los hombres no fue oída en el cielo (6:5-6). No podían esperar perdón de Dios si no perdonaban a otros (6:15). El clamar “Señor, Señor,” no era suficiente. Deben hacer la voluntad del Padre celestial (7:21). El judaísmo ciertamente fue “establecido” por Dios, pero uno no puede mirar honestamente las enseñanzas de Jesús y concluir que “afiliación” en el sistema judío satisfacía la búsqueda de Dios para un verdadero **“pueblo de Dios.”** Y el apóstol Pablo escribió, “no es judío el que lo es exteriormente, ni es la circuncisión la que se hace exteriormente en la carne; sino que es judío el que lo es en lo interior, y la circuncisión es la del corazón, en espíritu, no en letra; la alabanza del cual no viene de los hombres, sino de Dios” (Romanos 2:28-29).

Los judíos tenían un concepto “institucional” de servicio a Dios. Parecen haber pensado que pues Dios estableció el judaísmo, ellos satisfacían el deseo de Dios si funcionaban dentro del establecimiento y fueron aceptados por ello. Pero el establecimiento del judaísmo – aun el establecimiento del sacerdocio levítico – no quería decir que Dios hubiera abdicado Su trono. La conducta y las proclamaciones de los mismos sacerdotes eran aceptables solamente cuando se conformaban a las instrucciones de Dios. Malaquías 2:1-2 lo dice así: “Ahora, pues, oh sacerdotes, para vosotros es este mandamiento. Si no oyereis, y si no decidís de corazón . . . maldeciré vuestras bendiciones . . .” Dios había designado a los sacerdotes para “guardar la

sabiduría, y de su boca el pueblo buscará la ley,” es decir, como Dios habló. “Mas vosotros os habéis apartado del camino; habéis hecho tropezar a muchos en la ley; habéis corrompido el pacto de Leví’, dice Jehová de los ejércitos” (versículos 7-8).

Dios utilizaba a los hombres para exponer Sus leyes, pero éstos no eran la fuente de dichas leyes (comentaremos sobre esto más adelante). Éstos eran sujetos a la palabra de Dios, tal como los demás (véase 2 Pedro 1:15-16). Mientras Dios se revelaba de a poquito mediante tipos y sombras (Hebreos 9), preparando la venida del Cristo, los sacerdotes judíos fueron seleccionados para pararse entre el pueblo y Dios, y enfatizar Su santidad. Pero nunca fueron eximidos de obligaciones personales. Dios seleccionó de entre los sacerdotes a los que “temían a Jehová, y pensaban en su nombre” para serle “especial tesoro” (Malaquías 3:16-18). La “institución” y lo que algunos llamen su estatus “clero”, nunca eran suficientes.

Hemos demostrado que Israel, la raza, fue desarrollada solamente como linaje físico del Cristo. Cuando [Dios] estaba soldando a este pueblo en nación les fue dado reglas que, si las siguieran, podían acercarse a Dios y prepararles para recibir al Cristo. El primer tabernáculo era “símbolo para el tiempo presente” o “figura de aquel tiempo presente” RV1909 (Hebreos 9:9), y el “primer pacto” estableció el judaísmo; pero como base tanto del tabernáculo (después, el templo) como del judaísmo había la Palabra de Dios con su aplicación a individuos. Ciertamente tales instituciones promovían un importante reconocimiento externo de Dios, pero *la aprobación por los de la institución* no equivale a la aprobación por Dios (y muchas veces se equivoca en gran manera). Es muy posible que los “cristianos” de hoy hayan aceptado un concepto institucional del cristianismo, y hayan perdido de vista las calificaciones dadas en la palabra de Dios para ser el verdadero “**pueblo de Dios.**”

PREGUNTAS SOBRE LA LECCIÓN

1. ¿Se puede decir que parentesco con Abraham satisfacía el deseo de Dios respecto a los Israelitas?

2. ¿Qué significa “circuncidar el corazón”?

3. Respecto a los sacrificios que [Dios] mandó ¿por qué fueron llamados “vana ofrenda”?

4. ¿Qué dijo Juan el Bautista acerca de “piedras” y los hijos de Abraham?

5. Dar una explicación de la elaboración que Cristo hacía de algunos de los Diez Mandamientos en el Sermón del Monte.

6. ¿Por qué llamaron Juan y Jesús a Israel a “arrepentirse”?

7. ¿Qué quería decir Pablo con [la frase] “judío . . . en lo interior” (Romanos 2:29)?

LECCIÓN CUATRO

Cristo—la Clave del Pueblo de Dios

El propósito de Dios en la creación del hombre exigía el libre albedrío en el hombre; y pues Dios todo lo sabe, también sabía que el hombre iba a pecar. Pero Dios tenía un “propósito eterno” (Efesios 3:11), dado a nosotros “en Cristo Jesús antes de los tiempos de los siglos” (2 Timoteo 1:9-10), mediante el cual la gracia y la misericordia de Dios haría posible la remisión de pecados. El Hijo de Dios se ofrecería por la humanidad: el puro muriendo por el pecador. Pablo lo expresó de esta manera: “por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios, siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús, a quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre, para manifestar su justicia, a causa de haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados” (Romanos 3:23-25).

Desde los días de Caín y Abel hallamos una *sombra* o un tipo del plan de Dios, en que la “fe” exigía el sacrificio de vida animal (Génesis 4:4; Hebreos 11:4). Después, Noé fue obligado a llevar catorce animales y aves “limpios” en el arca (Génesis 7:2), de los cuales ofreció holocausto a Dios después del diluvio (8:20). Abraham construía altares e invocaba “el nombre de Jehová” (Génesis 12:8), tal como lo hacían otros “padres” de Israel. Después, cuando el judaísmo fue establecido como religión de los israelitas, Dios les dio muchos mandatos específicos tocante las ofrendas de sangre. “Porque la vida de la carne en la sangre está, y yo os la he dado para hacer expiación sobre el altar por vuestras almas; y la misma sangre hará expiación de la persona [LBA dice ‘*es la sangre, por razón de la vida, la que hace expiación*’]” (Levítico 17:11). No era la sangre misma la que anticipaba el plan de Dios, sino el sacrificio de vida. Juan el Bautista dijo de Jesús, “He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Juan 1:29). Cristo daría Su vida para que los pecadores vivieran eternamente. El autor de Hebreos enfatizó que “sin derramamiento de sangre no se hace remisión. Fue, pues, necesario que *las figuras* [representaciones, LBA] de las cosas celestiales fuesen purificadas así; pero las cosas celestiales mismas, con mejores sacrificios que estos. Porque no entró Cristo en el santuario hecho de mano, figura del verdadero, sino en el cielo mismo para presentarse ahora por nosotros ante Dios” (Hebreos 9:22-24). Además, dice, “ahora, en la consumación de los siglos, se presentó una vez para siempre por el sacrificio de sí mismo para quitar de en medio el pecado” (versículo 26).

Antes de Su venida, las ofrendas de fe de los tipos y sombras de Cristo constituían la única esperanza de los judíos para llegar a ser del **pueblo de Dios** en el verdadero sentido moral. El sacrificio correspondía directamente a la expiación por el pecado, y el pecado es lo que separa al hombre de Dios (Isaías 59:2). Isaías claramente profetizaba el sacrificio del Cristo (Isaías 53), diciendo, “herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados” (versículo 5, véanse los vs. 1-12). Después Hebreos 10 lo hace claro que los tipos de Cristo necesitaban la realidad de Su sacrificio para darles eficacia. Jesucristo, crucificado y resucitado, es la clave – la única manera – por la cual el hombre pecador puede hacerse del **pueblo de Dios**.

Había, por supuesto, muchas otras representaciones de Cristo. En el judaísmo el sacerdocio estaba entre Dios y el hombre, en que éstos servían al altar y en el Lugar Santísimo por la gente. Solamente el sumo sacerdote podía entrar en el Lugar Santísimo, acercarse al propiciatorio, y ofrecer sangre (vida) por los pecados de la gente. Pero este sistema sacerdotal (perteneciente al sacerdote) nunca fue destinado para todo tiempo. En el cristianismo Jesucristo es nuestro sumo sacerdote “según el orden de Melquisedec” (Hebreos 7:17). Ha entrado en el cielo, “para presentarse ahora por nosotros ante Dios” (Hebreos 9:24). El apóstol Pablo escribió, “Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre, el cual se dio a sí mismo en rescate por todos, de lo cual se dio testimonio a su debido tiempo” (1 Timoteo 2:5-6).

La distinción entre “el clero” y “el laicado” que es tan común en nuestro día fue rechazada hace mucho tiempo cuando Cristo habló de la jerarquía religiosa y dijo, “Pero vosotros no queráis que os llamen Rabí; porque uno es vuestro Maestro, el Cristo, y todos vosotros sois hermanos. Y no llaméis padre vuestro a nadie en la tierra; porque uno es vuestro Padre, el que está en los cielos” (Mateo 23:8-10). Hablaba a la multitud “y a sus discípulos” (los que después llegaron a ser apóstoles) cuando dijo estas cosas. Hay *solamente un grado* en la verdadera “jerarquía” –Cristo está en la cima, y “todos vosotros sois hermanos” (apóstoles, profetas, ancianos, diáconos, predicadores, miembros), todos en el mismo nivel bajo Cristo. Estos tienen diferentes funciones, pero ninguno es como Cristo – un sacrificio por nosotros y capaz para perdonar nuestros pecados.

Respecto a un sacerdocio, *el pueblo de Dios* del Nuevo Testamento es llamado sacerdocio *santo*, y sacerdocio *real* (1 Pedro 2:5, 9); conformándose a su Sumo Sacerdote, Jesucristo, que es tanto Sacerdote como Rey. Como sacerdotes tienen que presentar sus cuerpos “en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios” (Romanos 12:1), y ofrecer “siempre a Dios, por medio de él, sacrificio de alabanza, es decir, fruto de labios que confiesan su nombre” (Hebreos 13:15). Cada cristiano tiene *acceso directo* por Cristo al trono de Dios y a Sus misericordias, y se le urge “acercarse confiadamente al trono de la gracia” (Hebreos 4:14-16). Los santos deben confesar sus ofensas y orar unos por otros (Santiago 5:16) – para mutuo ánimo. Pero Pedro dijo a Simón, el que pecó después de su bautismo, “Arrepiéntete, pues, de esta *tu* maldad, y ruega a Dios, si quizás te sea perdonado el pensamiento de tu corazón” (Hechos 8:22). Podía ir directamente a Dios (por Jesucristo) para la remisión de su pecado. Es irreverencia excesiva que cualquier hombre en la tierra reclame ser “Vicario” de (o en lugar de) Jesucristo, poniéndose así entre el hombre y Dios.

Miremos algunas escrituras empleadas por los que hacen tales declaraciones. Jesús, después de Su resurrección, se apareció a Sus discípulos (que pronto serán apóstoles) y dijo “Como me envió el Padre, así también yo os envío. Y habiendo dicho esto, sopló, y les dijo: Recibid el Espíritu Santo. A quienes remitiereis los pecados, les son remitidos; y a quienes se los retuviereis, les son retenidos” (Juan 20:21-23). Suelen añadir esto a Mateo 16:19 donde Jesús dijo a Pedro, “todo lo que atares en la tierra será atado en los cielos; y todo lo que desatares en la tierra será desatado en los cielos;” y a Mateo 18:18 donde dijo a todos los discípulos (que pronto serán apóstoles) la misma cosa. La disertación doctoral de Wilber Thomas Dayton sobre *el tiempo perfecto griego* en el pasaje de Juan 20 traduce la expresión “son remitidos” como “*han sido* remitidos”; y “son retenidos” como “*han sido* retenidos.” Además, el tiempo futuro (“será”) de los pasajes en Mateo es traducido “*habrá sido*” atado o desatado en el cielo. La traducción de Marshall del texto Nestle dice “*habiendo sido* atado o desatado. (Véase Lacueva,

NT Interlineal Griego-Español, Barcelona: CLIE, 1984; mhr.) Estos pasajes están diciendo que *ya para cuando los apóstoles proclamen* remisión de pecados mediante Jesucristo, el plan de Dios *habrá sido atado en el cielo*. Declararán un mensaje *que se originó en Dios*.

Miremos otra vez el pasaje en Juan. “Recibid el Espíritu Santo” no puede significar que los apóstoles recibieran *en ese momento* la medida del Espíritu que los guiaría a toda la verdad (Juan 16:12-13), tampoco fueron “enviados” *en ese momento*. El Espíritu había de venir sobre ellos *después de la ascensión de Cristo* y habían de *quedarse en Jerusalén* hasta ser investidos así (Lucas 24:47-49; Hechos 1:8). Tanto la construcción gramatical (el tiempo griego del lenguaje antes referido) como la conformidad a la totalidad de la enseñanza del Nuevo Testamento, prohíben una interpretación de Juan o Mateo que diga que el mensaje o su resultado (el perdón de pecados) *se originaría* con los apóstoles; y ciertamente no con los supuestos sucesores (asunto tratado más en la Lección Once). Hombres inspirados habían de declarar *el mensaje* de salvación en Cristo, y después los que vinieren a Cristo promulgarían Su glorioso evangelio. Pero ni los apóstoles ni los convertidos a Cristo tienen “poder para perdonar pecados” (como cierto catecismo lo dice). Este es un poder reservado para Dios, y usado por Cristo para comprobar Su deidad mientras estaba en la tierra (Mateo 9:2-6). La verdad del evangelio se originó en el cielo, y el apóstol Pablo dijo, “Mas si aun nosotros, o un ángel del cielo, os anunciare otro evangelio diferente del que os hemos anunciado, sea anatema” (Gálatas 1:8).

El sacerdotalismo – autoridad en los sacerdotes, o en “la iglesia” – quita mérito a la soberanía de Cristo y a la importancia de Su palabra. Se nos dice que la iglesia, “una visible, sociedad jerárquica” compuesta de súbditos y superiores que justamente gobiernan a los súbditos, es la “autoridad” de las Escrituras—no es hijo de la Biblia, sino su madre. Pero Cristo, inmediatamente antes de su ascensión, dijo que Él tenía toda *potestad* (Mateo 28:18). Pablo dijo que Cristo reinará hasta el fin del tiempo (1 Corintios 15:24-26). Es obvio que las palabras escritas de hombres inspirados, declarando la voluntad del Rey para la posteridad, fueron *reunidas* después que la iglesia de Cristo entró en existencia; pero estas verdades *se originaron* en el cielo, después hombres inspirados las proclamaron al público como medio de traer la iglesia de Cristo (Sus “llamados”) a existencia. *Cristo gobierna ahora*, por Su palabra; y nuestro respeto para su palabra y obediencia a ella es cómo le permitimos gobernar en nuestras vidas. Ahora necesitamos hacer una seria y objetiva examen de las Escrituras para determinar lo que fue establecido exactamente en el primer día de Pentecostés después de la resurrección de Cristo.

PREGUNTAS SOBRE LA LECCIÓN

1. ¿Qué es significado por “la sangre” de animal o el sacrificio de Cristo?

2. ¿Qué es significado por Cristo, “la clave” del Pueblo de Dios?

3. ¿Qué es “la jerarquía” de cristianismo?

4. ¿Quién es el sumo sacerdote de cristianismo? ¿Quiénes son los sacerdotes?

5. ¿Cuándo recibieron los apóstoles “poder” con el Espíritu Santo?

6. El plan de Dios fue “atado en el cielo” ¿antes o después que los apóstoles lo anunciaron?

7. El sacerdotalismo viola la autoridad de Cristo ¿cómo?

LECCIÓN CINCO

¿Qué fue “Establecido” en el día de Pentecostés?

Entiendo muy bien que Jesús dijo a Pedro, “edificaré mi iglesia”; y “a ti te daré las llaves del reino de los cielos” (Mateo 16:18-19); por lo tanto “reino” e “iglesia” tienen algunas cosas en común. Marcos registra a Jesús diciendo que el reino vendría “con poder” durante esa generación (9:1); y “recibiréis poder [los apóstoles], cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo” (Hechos 1:8). El Espíritu vino el primer Pentecostés después de la resurrección, según el registro en Hechos 2:1-4; y dicho capítulo también dice, “el Señor añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos” (versículo 47). Claramente, “la iglesia” y “el reino” existían en aquellos días, pero los conceptos sobre “la iglesia” y “el reino” varían mucho. El “reino” no se refiere solamente a la iglesia, aun en el Nuevo Testamento. El gobierno de Dios a nivel mundial se llama “el reino” (Mateo 13:38, 41), y el término se usa de la herencia eterna de los santos (2 Timoteo 4:18; Efesios 5:5).

La palabra “establecido” no se halla en Hechos 2, pero se usa libremente en profecías respecto al venidero “reino” (*basileia*) de Cristo. W. E. Vine dice que “*basileia* . . . es principalmente un nombre abstracto, denotando *soberanía, poder regio, dominio* . . . luego, por metonimia, un nombre concreto, denotando el territorio o pueblo sobre el que reina un rey.” En 2 Samuel 7, Dios (mediante el profeta Natán) prometió a David que “afirmaría para siempre” el reino de uno de sus descendientes (versículos 12-16; véase también Salmo 89:3-4); y Pedro se refiere a tales promesas en su sermón del día de Pentecostés (Hechos 2:30-36). Pero además, Daniel 2 registra un sueño de Nabucodonosor, el cual Daniel interpretó de la siguiente manera. El rey soñó con una imagen que representaba cuatro imperios (dominios) mundiales: el babilonio, el persa, el griego, y el romano. Dios hizo que una piedra hiriera a la imagen, la desmenuzara, y se hiciera un gran monte, superior a todos, que permanecería para siempre. Esto es decir que una autoridad divina sería establecida “para todas naciones” que sería superior a toda autoridad humana. No es accidente que Isaías profetizó, “acontecerá en lo postrero de los tiempos, que será confirmado *el monte* de la casa de Jehová como cabeza de los montes, y será exaltado sobre los collados, y correrán a él todas las naciones” (2:2-3). Ambos pasajes se refieren al establecimiento de la superior autoridad de Cristo en el trono de David, a la cual “todas las naciones” (judíos y gentiles) deben someterse. Al hacer esto, nos hacemos de la “*casa*” o *pueblo de Dios*, el producto de sumisión a Su voluntad (véase Miqueas 4:1-2).

Con esto por fondo, vamos ahora a hacer un estudio del sermón de Pedro en Hechos 2:14 y en adelante. Como introducción, explicando la habilidad de los apóstoles de hablar en los idiomas de las muchas naciones presentes, Pedro cita las profecías de Joel 2:28-32a, concluyendo con las palabras, “todo aquel que invocare el nombre de Jehová será salvo.” Luego entra al tema principal de su sermón. Jesús de Nazaret, suficientemente aprobado por Dios (Hechos 2:22), vosotros habéis rechazado y crucificado (versículo 23). Dios le resucitó (versículo 24), según fue profetizado por David (versículo 25). David no hablaba de sí mismo, porque todavía está en el sepulcro (versículo 29); más bien decía que uno de sus descendientes sería el Cristo, resucitado para sentarse en su trono (versículos 30-31). Somos testigos de la resurrección de Jesús (versículo 32). *Por lo tanto*, Jesucristo (a) es exaltado (Juan 7:39 nos dice

que el Espíritu Santo no sería dado hasta que Jesús fuera glorificado); (b) Jesús ha recibido Su trono el cual el Espíritu Santo prometió (véase Marcos 12:35-36); y (c) Jesús ha derramado esto (el Espíritu Santo) que vosotros ahora veis y oís (versículos 33-35). *Por lo tanto*, “a este Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho Señor y Cristo” (versículo 36). *El sermón de Pedro declaró el establecimiento de la autoridad de Jesucristo.*

Cuando los oyentes “se compungieron de corazón” y preguntaron, “¿Qué haremos?” Pedro les dijo, “arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros *en el nombre de Jesucristo* para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo.” He hecho énfasis en [la frase] “en el nombre de Jesucristo” porque esto correctamente conecta la respuesta de Pedro con el sermón que fomentó la pregunta. Está diciendo, “*Escuchad al Rey – someteos a Su autoridad.*” Para “invocar el nombre del Señor,” uno tiene que hacer caso del mandamiento del Rey de “arrepentirse y ser bautizado,” etc.

Ahora, ¿Qué Salió de Jerusalén?

¿Qué fue profetizado que iba a “salir”? Miremos otra vez a Isaías 2:3. “Venid, y subamos al monte [gobierno, autoridad] de Jehová, a la casa del Dios de Jacob; y nos enseñará sus caminos, y caminaremos por sus sendas. *Porque de Sion saldrá la ley, y de Jerusalén la palabra de Jehová.*” No hay nada aquí de una “institución” llamada “iglesia” que perpetúe a sí misma y sirva para validar. (¡Ahora, escúchenme!) Es cierto que los que se someten a la autoridad divina, obedeciendo los mandamientos de Jesucristo, se hacen el pueblo de Dios y constituyen Su “iglesia,” Sus “llamados” en el sentido universal (Hechos 2:47). Pero la iglesia universal no es una entidad funcional. No hubo organización universal establecida en la tierra aquel día. Isaías está diciendo que *la autoridad* de Cristo y Sus *instrucciones* para salvación del pecado serían declaradas en ese maravilloso día. Leámoslo con cuidado. “Nos enseñará sus *camino*s, y caminaremos por sus *sendas*. Porque de Sion saldrá *la ley*, y de Jerusalén *la palabra* de Jehová.” Las tres mil almas tuvieron que oír el mensaje, creer en el Cristo, y obedecerle para ser salvos y añadidos a ellos (Hechos 2:41, 47). La iglesia – “[los] llamados fuera de” – florecía entonces porque personas, de propia voluntad, aceptaban la llamada. ¿Pero qué si ningunos de los tres mil hubieran obedecido el evangelio ese día? A pesar de la respuesta, ¿no es cierto que los fundamentos respecto al ***pueblo de Dios*** hubieran sido presentados? Dios “instituyó” la iglesia de manera similar que instituyó el matrimonio. Dio al primer hombre y mujer reglas para esta relación, y un matrimonio particular hoy es representativo de esta institución de Dios, pero solamente a la medida que los constituyentes se hallen en sumisión a Sus reglas.

Poco después de la Segunda Guerra Mundial un evangelista de los Estados Unidos enseñó y bautizó a varias personas en un país extranjero, alquiló un salón donde podían reunirse para el culto, y puso un letrero diciendo: “Esta iglesia fue establecida en Jerusalén el año 30 d. de C.” Un indígena cuestionó el letrero, diciendo que esa iglesia había estado allí hacía solamente tres meses. Al reflexionar, el predicador reconoció que era solamente por la sumisión a las enseñanzas bíblicas (la ley y la palabra de Dios) que podían afirmar conexión con la iglesia de la antigua Jerusalén. La iglesia no valida la palabra, como el catolicismo parece enseñar; más bien debe buscar su propia validez mediante *la palabra*, la cual es la semilla que produce ***el pueblo de Dios*** (Lucas 8:11-15) y que les juzgará en el día postrero (Juan 12:48).

Debemos esforzarnos por corregir ideas erróneas sobre “la iglesia,” pero ciertamente no negamos que los primeros frutos o productos del evangelio originaron en el Pentecostés después de la resurrección de Cristo. En ese momento se llamaban individualmente “creyentes”

(versículo 44) y después “discípulos,” “santos,” y por último “cristianos” (Hechos 11:26). Pero colectivamente esta gente era *la ekklesia* o “[los] llamados fuera de.” Esta palabra nos llega [mediante la transliteración, mhr] como “iglesia.” Un diccionario grande enseñará que en la actualidad la palabra se usa de organizaciones, edificios, cultos o sociedades religiosas, profesiones clericales, etc. Pero el uso básico en el Nuevo Testamento, tal como en “edificaré mi iglesia” (Mateo 16:18), es él de *un nombre colectivo, señalando el pueblo de Dios*. Hablando en general, cuando uno ve “iglesia” puede pensar “pueblo de Dios” y no estar en error; pero *el pueblo de Dios* siguen siendo los guardianes de Su palabra, no la autoridad que valida dicha palabra.

Con cuidadoso estudio también se hace patente que “reino” es una *figura predominante* que se usa para describir el dominio espiritual del Mesías. Cuando vemos la palabra “reino” debemos pensar “gobierno.” Entonces, después que la idea de “gobierno” quede firmemente arraigada en nuestras mentes, podemos examinar el contexto para ver si, en cierto caso, la palabra se extiende para señalar *la esfera* de dicho gobierno, *la gente gobernada*, *la naturaleza* de dicho gobierno (físico o espiritual), u otro uso por extensión. Jesús enfáticamente negó que Su reino fuera “de este mundo” (Juan 18:36-37). Cristo fue resucitado para “sentarse en el trono [de David]” (Hechos 2:30), pero éste no fue trono literal o reino físico. [Cristo] reina desde el cielo, mediante Su palabra, sobre todos los que libremente se sujetan a Él.

En [el día de] Pentecostés en Hechos 2, los mensajeros de Dios declaran el establecimiento del reino (gobierno) de Cristo, el mensaje del rey reinante fue oído, y los obedientes llegaron a ser ciudadanos en el reino de Cristo. La ley y la palabra del Señor (basadas en Su autoridad para hablar) salieron de Jerusalén, y siguen hasta hoy. Dicha palabra es “de Dios;” y los obedientes son “hijos de Dios,” no hijos de la iglesia, como lo enseña el Catolicismo. Tal como los santos y fieles hermanos en Cristo en Colosas fueron librados de la potestad de las tinieblas y “trasladados al reino de su amado Hijo” (Colosenses 1:12-14), así también el verdadero *pueblo de Dios* hoy son ciudadanos en el reino de Cristo y una manifestación de que Su poder todavía está muy vivo. La prueba se encuentra en las vidas sujetas a las instrucciones de la palabra de Dios, no en su aceptación de alguna institución o sociedad que supuestamente “salió” de Jerusalén o sumisión al gobierno de ella.

PREGUNTAS SOBRE LA LECCIÓN

1. ¿Qué cosa dijo Isaías sería establecido como cabeza de los montes?

2. En este contexto, y en la profecía de Daniel, “los montes” significan ¿qué cosa?

3. ¿Cómo estableció Pedro una conexión entre la resurrección de Cristo y Su autoridad?

4. ¿Qué cosa dijo Isaías “saldría” de Jerusalén?

5. ¿Ejercitaron los tres mil un libre albedrío en su obediencia al evangelio?

6. ¿A base de qué podemos identificar la iglesia de hoy con la de Hechos 2?

7. ¿Cuál es la conexión entre el gobierno de Cristo y Sus súbditos?

LECCIÓN SEIS

El Corazón del Pueblo de Dios

La palabra “corazón” se usa casi mil veces en la Biblia, donde mayormente se refiere de manera figurada al centro de pensamiento, emoción, y voluntad. Nótese: “los pensamientos de tu corazón,” “amarás a Dios con todo tu corazón,” y “habéis obedecido de corazón.” El *Diccionario Expositivo de Palabras del Nuevo Testamento de Vine* dice que “vino a significar toda la actividad mental y moral del hombre . . . se usa . . . de manera figurada para denotar las corrientes escondidas de la vida personal.” Pedro lo ve como “el hombre . . . que está encubierto” (1 Pedro 3:4, RV1909), la verdadera persona, por lo tanto lo que uno “verdaderamente es” y esto puede significar un carácter ya sea bueno o malo.

Cuando Dios buscaba a un “**pueblo**” entre los israelitas buscaba a los que circuncidarían su corazón, y no endurecerían más su cerviz (Deuteronomio 10:16). Pablo elabora esto a los romanos escribiendo: “es judío el que lo es en *lo interior*, y la circuncisión es la del corazón, *en espíritu, no en letra . . .*” (Romanos 2:29). No está diciendo que obediencia “de letra” no es importante, pero cuando es “de letra solamente” – y no de un corazón honesto, así no representando verdaderamente nuestros sentimientos más profundos – entonces es hipócrita, y puede ser rebeldía “de dura cerviz” contra Dios. No da sorpresa [entonces] que Jesús dijera que el primero y grande mandamiento es “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente” (Mateo 22:37-38). Mientras corazón . . . alma . . . mente tienen significados independientes el uno del otro, Jesús los reúne aquí para decir que nuestro amor debe ser genuino, desde lo más profundo de nuestro ser, sin subterfugio.

Otra vez, tanto en Romanos 2:29 como en 7:18-25 el “hombre interior,” su “querer” o “mente” son maneras de identificar el “espíritu” que está en él. Pablo reconoce dos “leyes” en sí mismo: (1) el deseo de satisfacer la carne; contra (2) este “espíritu”: su mente, voluntad, u hombre interior, que desea hacer la voluntad de Dios. Por las misericordias de Jesucristo [Pablo] puede decir: “Sirvo a Dios – en mi espíritu – en el evangelio” (Romanos 1:9); y “sirvo a la ley de Dios – con la mente – por Jesucristo” (Romanos 7:25). Pablo comprendía que “el ocuparse de la carne” (cediendo a la carne) significaba muerte espiritual; pero dio gracias a Dios por Jesucristo que “el ocuparse del Espíritu” (en el hombre interior) es vida y paz (Romanos 8:6).

Pablo no reclamó estar libre de pecado. Reconoció el pecado en su vida, diciendo “yo soy carnal, vendido al pecado. Porque lo que hago, no lo entiendo; pues no hago lo que quiero, sino lo que aborrezco, eso hago” (7:14-15). Pero “no lo entiendo” y “aborrezco” nos dicen que luchaba contra el pecado. No tenía una mente, voluntad, o espíritu “carnal” que se deleitaba en el pecado; y su deseo de hacer lo correcto nos dice que iba humildemente a Dios para perdón cuando el pecado ocurriera. De hecho, tal “espíritu” o actitud es esencial para entrada al trono de la misericordia.

Hemos dado énfasis a la importancia de que el culto y el servicio nazcan “del corazón” – en lo cual queremos decir que debe ser sincero – evidencia de un corazón entregado a Dios. Pero Isaías advirtió de boca y labios que “se acercan” y “honran” a Dios, “pero su corazón está lejos

de [Dios], y su temor de [Dios] no es más que un mandamiento de hombres que les ha sido enseñado,” es decir, aun el temor es una doctrina de hombres, una “reverencia” no más profunda que las tradiciones humanas (Isaías 29:13; Mateo 15:7-9). Nuestras acciones pueden demostrar un corazón dado a la codicia (Mateo 5:28); y Jesús dijo, “del corazón salen los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, las fornicaciones, los hurtos, los falsos testimonios, las blasfemias” (Mateo 15:19). A pesar de cómo tratamos de esconder nuestro “espíritu” interior – aun cubriéndolo con obras exteriores de bondad – Dios ve nuestro corazón, y nos juzga como corresponde. “No os engaños; Dios no puede ser burlado: pues todo lo que el hombre sembrare, eso también segará” (Gálatas 6:7).

Muchas escrituras enseñan que una conversión a Cristo es básicamente un *cambio* de corazón. Somos enseñados, oímos, aprendemos y venimos a Cristo (Juan 6:45); todo lo cual involucra la inteligencia, la emoción, y la voluntad. “Con el corazón se cree para justicia” (Romanos 10:10). La [palabra] griega *metanoeo* (arrepentirse) significa “cambiar de mente” – un cambio de corazón. Y el bautismo, para que sea más que un lavamiento exterior, tiene que ser “la aspiración de una buena conciencia hacia Dios” (1 Pedro 3:21). Dios **busca a un pueblo** cuyo ser interior se vuelve a Él – que dan a Él su todo. David lo expresó: “Bendice, alma mía, a Jehová, *Y bendiga todo mi ser*” (Salmo 103:1).

Tal dedicación en la intención y en el propósito debe acompañar la venida a Cristo. Tiene que haber la intención de un cambio, y evidencia de dicha intención será vista en un cambio de estilo de vida. Sin embargo habrán fracasos y la necesidad de futuro perdón. Otra vez el “corazón” es de gran importancia aquí. El corazón de Simón no era “recto delante de Dios,” y le fue dicho que se arrepintiera y rogara a Dios para que “te sea perdonado el pensamiento de tu corazón” (Hechos 8:21-22). Su corazón todavía no era estable, era “niño” en Cristo, pero el oído de Dios está abierto a las oraciones de **Su pueblo** que verdaderamente se arrepienten y vienen humildemente al trono de la gracia para misericordia. Esto indica que el desarrollo de un corazón espiritual no es un evento milagroso, que ocurre una sola vez (como algunos enseñan), sino un proceso continuo de aprender, creer, y crecer “en la gracia y conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo” (2 Pedro 3:17-18).

Lo anterior, y muchas otras escrituras sobre el “corazón,” llevan a la conclusión que la condición del corazón depende del individuo. El medio del perdón es de Dios – por el sacrificio de Jesucristo; y el mensaje que debemos oír, creer, y obedecer, es también de Dios. Pero cada individuo, mediante la fe, tiene que aceptar y usar los medios y el mensaje para cambiar el corazón y hacerse del **pueblo de Dios**. Dios invita, pero el hombre tiene que venir y serle fiel. Cada ser humano responsable tiene libre albedrío, capaz de escoger y seguir el camino angosto que lleva a vida eterna. Dios no pide lo imposible al hombre, pero esto no quiere decir que la jornada sea fácil.

“La palabra de la cruz” (1 Corintios 1:18) por parte de Dios es el sacrificio de Cristo en la cruz. Pero Jesús dijo, “Si alguno quiere venir en pos de mí, *niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame*” (Mateo 16:24). También se exige el sacrificio por parte del hombre. El negarse a uno mismo, y tomar *nuestra cruz*, quiere decir poner a Cristo antes que nuestra anterior forma de vida – y puede también significar antes que la misma vida física (versículo 25).

La “vana manera de vivir” recibida de los antepasados (1 Pedro 1:18) ha influido en el mundo en que el hombre vive, y ha programado mucho de su pensar (su corazón). Las mismas inclinaciones egoístas del hombre le hacen blanco atractivo para Satanás, y pueden impedir que

escoja el sacrificio de sí mismo. Solo ser “religioso” no es exigente, porque parece haber algo para cada gusto. Y un “miembro de iglesia,” según el mundo lo ve, simplemente paga sus cuotas y ocupa un banco de iglesia de vez en cuando. Éstos pueden hacer bien a la sociedad y ayudar a formar la moral social, pero Dios busca mucho más que esto, como ya hemos visto. De Adán y Eva, de entre los primeros habitantes del mundo, del judaísmo, y aun de entre los que primero fueron “llamados” en el día de Pentecostés después de la resurrección de Cristo, Dios ha buscado a un “pueblo adquirido para posesión de Dios,” cuyo “corazón” verdaderamente es entregado a Él.

Nada que no sea la dedicación plena e incondicional satisfará. El ego es sacrificado en el altar del servicio humilde. El amor para Dios y para nuestro prójimo, cobra un significado completamente más allá de “ojo por ojo” y amar a lo encantador (Mateo 5:38-48). La búsqueda de dicha norma desafiará al hombre por toda su vida, porque sus principios vienen del cielo. Son inalcanzables en su plenitud, pero Dios *busca a un pueblo* que de todo corazón se esfuercen por alcanzarlos. Impactarán la vida en este mundo, y son esenciales para vida eterna con el Dios y Padre de todos nosotros.

PREGUNTAS SOBRE LA LECCIÓN

1. ¿Qué es el significado de “corazón” en [la frase] “obedecer de corazón”?

2. ¿Qué relación hay entre “corazón,” “espíritu,” y “mente” en cuanto al hombre?

3. ¿Puede uno obedecer en temor de Dios, sin obedecer de corazón?

4. Un cambio de corazón ¿garantiza que uno no pecará?

5. ¿Cuáles son los medios con que Dios procura cambiar el corazón?

6. Un cambio de corazón ¿viene antes o después del bautismo?

7. ¿Cuál es el primero y grande mandamiento?

LECCIÓN SIETE

La Llamada a los Elegidos

En nuestros estudios hasta este punto hemos hallado que las palabras “elegidos” y “escogidos” se usan con frecuencia en la Escritura con referencia a hacerse del *pueblo de Dios*. Para muchos esto basta para justificar la conclusión que Dios escoge a los individuos que salvará, y (en Su “inescrutable sabiduría”) deja a otros para perdición. Reconocemos libremente la incapacidad del hombre de comprender la plenitud de los caminos de Dios (“las cosas secretas pertenecen a Jehová”), pero se nos declara que “las reveladas son para nosotros” (Deuteronomio 29:29). Bueno, está claramente revelado “no hay acepción de personas para con Dios” (Romanos 2:11-13). ¿Podemos entender esta “revelación”? Pablo escribió de “la administración de la gracia de Dios que me fue dada para con vosotros; que por revelación me fue declarado el misterio, como antes lo he escrito brevemente, *leyendo lo cual podéis entender* cuál sea mi conocimiento en el misterio de Cristo . . . revelado a sus santos apóstoles y profetas por el Espíritu” (Efesios 3:2-5). Podemos entender cosas reveladas en la palabra de Dios, y enseñan una elección y escogimiento que respeta el libre albedrío y respuesta por parte del hombre.

“Elegidos” y “escogidos” muchas veces traducen la misma palabra griega, *eklektos*. Véase Mateo 22:14, “Porque muchos son llamados, y pocos *escogidos*” y Mateo 24:22, “por causa de los *escogidos*, aquellos días serán acortados.” “Escogidos” y “elegidos” están relacionadas con la palabra *llamados*, como se ve en Apocalipsis 17:14, “porque él [Cristo] es Señor de señores y Rey de reyes; y los que están con él son *llamados* y *elegidos* [*eklektos*] y *fieles*. (Nótese, “y fieles.”) Si podemos determinar cómo Dios “llama” a Su pueblo, [entonces] comprenderemos mejor cómo les “elige” o “escoge,” y por qué “fiel” será esencial en el proceso.

1 Pedro 1:1 y en adelante es dirigido a los “elegidos [*eklektos*] según la presciencia de Dios . . .” y algunos, erróneamente igualando la presciencia con la preordinación, han concluido que Dios escogió a estos individuos aparte de su fe y su respuesta a Su llamada y sin relación a ello. Pero un “conocimiento” de antemano (como Cristo sabía de antemano quién lo entregaría, Mateo 26:21-25), no quita la responsabilidad individual ante Dios. 1 Pedro 1:2 continúa: “*en* santificación [la palabra raíz es *hagios*, separado, dedicado a la santidad] del Espíritu [lit., espíritu] . . .” No hay “el” [artículo determinado, mhr] en el griego; ni cosa alguna en el contexto que exija el uso de letra mayúscula “E” en espíritu. El apartamiento del *espíritu de ellos* era “para” obediencia (la respuesta de los creyentes a su fe), lo cual resultó en limpieza por la sangre de Cristo (Hebreos 5:9). Después, en 1 Pedro 1:17-25, Pedro dice que Dios juzga según la obra de cada uno, pero debemos humillarnos en el conocimiento de que la obediencia aceptable es una respuesta a la “llamada” que la precede – una llamada hecha posible por el sacrificio de Cristo. Somos “renacidos” por obediencia a la palabra de Dios “que por el evangelio os ha sido anunciada” (versículos 22-25).

Una escritura muy paralela es 2 Tesalonicenses 2:13-14. Dios escogió a los Tesalonicenses “para salvación mediante [*en*, *en*] la santificación por el Espíritu [no hay artículo “el” en el griego, ni mayúscula “e”] y la fe en la verdad [no hay artículo “la”], a lo cual *os llamó mediante*

nuestro evangelio, para alcanzar la gloria de nuestro Señor Jesucristo.” Dios estaba “llamando” mientras el evangelio de Cristo se predicaba; y los que creyeron y obedecieron dicha “llamada” fueron “escogidos para salvación.”

Luz y oscuridad representan los dos extremos o esferas del bien y del mal, y 1 Pedro 2:9 dice que Dios había *llamado* a Su pueblo “de las tinieblas a su luz admirable.” El versículo 10 sigue, “que en otro tiempo no erais pueblo pero que ahora sois pueblo de Dios.” La “llamada” se hizo por el evangelio, como ya se explicó anteriormente. El Señor mandó a Pablo a predicar el evangelio a los gentiles, “. . . para que abras sus ojos, a fin de que se vuelvan de las tinieblas a la luz, y de la potestad de Satanás a Dios; para que reciban remisión de pecados y herencia entre los *santificados por la fe en mí*” (Hechos 26:17-18, VHA¹). “La fe es por el oír . . . por la palabra de Dios” (Romanos 10:17). Dios *llamó* a los gentiles cuando el evangelio les fue predicado; como Pedro había dicho (Hechos 2:39-40), “Porque para vosotros es la promesa, y para vuestros hijos, y para todos los que están lejos; para cuantos el Señor nuestro Dios *llamare*.”

“Y con muchas otras palabras testificaba y les exhortaba, diciendo: Sed salvos de esta perversa generación. Así que, *los que recibieron su palabra* fueron bautizados; y se añadieron aquel día como tres mil personas” (Hechos 2:40-41). El versículo 47 dice, “Y el Señor añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos.” El hombre no merece la salvación. Es disponible a “quienquiera” conforme al “propósito eterno” que Dios hizo en Cristo Jesús nuestro Señor (Efesios 3:11). Dios gratuitamente proveyó *el medio* de la salvación (Jesucristo) antes de los tiempos de los siglos (2 Timoteo 1:9) pero el hombre tiene que oír la “llamada” del evangelio, recibir la palabra, y obedecerla, para ser perdonado de sus pecados (Véanse Marcos 16:15-16; Hechos 2:37-38; 22:16). Mediante el mismo principio, los que han sido perdonados de pecados pasados ahora son llamados a crecer “en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor . . .” (2 Pedro 3:18).

Un estudio del *pueblo de Dios* nos hace volver repetidamente a lo que “salió” de Jerusalén: “la ley y la palabra de Jehová (Isaías 2:3). Nuestras conclusiones no deben ser sacadas subjetivamente, es decir, conforme a nuestros “sentimientos” sobre cierto asunto; sino objetivamente conforme a lo que Dios ha dicho sobre el asunto. Algunos dicen que esto convierte la Biblia en nuestro “Dios,” pero estos acusadores, que aceptan sus “sentimientos” por norma, han hecho un “dios” de sí mismos. Su “dios” no tiene uniformidad, es tan variable como la gente que lo sueñen, y no tiene mayor integridad moral que la sociedad que lo invente. Ciertamente hay diferencias honestas entre la gente que lee la Biblia, pero estas diferencias pueden solucionarse con más estudio y fe en la palabra de Dios. No serán quitadas por dependerse de una norma que no es más alta que los que la necesitan.

Dios llama a toda la población del mundo. Con “toda potestad” (autoridad) Cristo dijo, “Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo” (Mateo 28:18-19). El Señor no quiere “que ninguno perezca, [por lo tanto, una *llamada* universal] sino que todos procedan al arrepentimiento” (2 Pedro 3:9). Esto significa que gente del mundo tiene que *responder a la llamada del Señor* para beneficiarse de ella. Como se ha visto por todo este estudio, el amor y la glorificación que Dios busca, que son

¹ Reina-Valera 1960, RV09, RVR95, LBLA, etc. adelantan la frase, “por la fe que es en mí”. La Versión Hispano-Americana (citada aquí), Besson, la Interlineal por Lacueva, y muchas versiones en inglés (que cita el autor R. Turner) respetan el orden de palabras en el texto griego que tiene la frase al final del versículo. – mhr

esenciales en su propósito en la creación del hombre, exigen una respuesta del libre albedrío del hombre a la voluntad [de Dios]. El definitivo **pueblo de Dios** no son títeres: (1) condenados por una depravación heredada de Adán; (2) elegidos incondicionalmente; (3) para estar entre el “limitado” número (¿?) por el cual Cristo murió; (4) salvados (o perdidos) por una fuerza irresistible (*lo cual implica a Dios de parcialidad – que hace acepción de personas*); ni (5) conservados, a pesar de la rebelión del individuo contra la voluntad de Dios. Ningún detalle en esta doctrina calvinista es verdadero.

Hemos visto que el Espíritu Santo guió a los apóstoles a toda la verdad (Juan 16:12-13; Lucas 24:46-49); y los dones espirituales dotaban a otros en aquellos años de formación con sabiduría, profecía, etc. (1 Corintios 12:8-11). Hoy día los que aceptaron su mensaje son guiados por el Espíritu, mediante la agencia de la palabra. Alguien ha compilado una lista de veinticinco bendiciones que son atribuidas tanto al Espíritu como a la palabra, pero notamos solamente unas pocas aquí. El nuevo nacimiento es “del Espíritu” (Juan 3:8), pero es también por la palabra de Dios (1 Pedro 1:23). Somos santificados “por el Espíritu” (1 Corintios 6:11), pero Jesús enseñó que era por la palabra de verdad (Juan 17:17). El Espíritu “mora en vosotros” (Romanos 8:11b), pero también la palabra (Colosenses 3:16). El Espíritu nos da vida (Juan 6:63), pero *este mismo pasaje* nos dice “Las palabras que yo os he hablado son espíritu, y son vida.” Repetimos, *la palabra* de Dios es el instrumento del Espíritu Santo, y debemos acercarnos a ella objetivamente – mirando fuera de nosotros y de nuestros “sentimientos” – para sacar provecho de la obra del Espíritu Santo en nuestras vidas.

En el siglo diecinueve una rigurosa secta calvinista llegó a la conclusión que no había necesidad de “misioneros”; porque si Dios eligió a los individuos para salvación, y los “llamó” con una obra irresistible del Espíritu Santo, los “misioneros” serían una pérdida de tiempo y dinero. Su conclusión concordaba con su doctrina, pero dejó de tomar en cuenta la explicación de la fe según el Nuevo Testamento. “¿. . . Cómo creerán en aquel de quien no han oído? ¿Y cómo oirán sin haber quien les predique? ¿Y cómo predicarán si no fueren enviados?” (Romanos 10:14-17). Una cita dentro de estos versículos, de Isaías 52:7, muestra que el “predicador” en cuestión es enviado por Dios; una profecía mesiánica de apóstoles y profetas en la era cristiana (véase Isaías 53). Pero el principio claramente establecido aquí concuerda con muchos otros pasajes (por ejemplo: “éstas se han escrito para que creáis,” Juan 20:30-31). Dios se encargó de brindarnos el mensaje de salvación en Cristo, pero le toca al hombre creer.

Habiendo creído, Pedro dice que **el pueblo de Dios** añadirá “a [su] fe virtud; a la virtud, conocimiento; al conocimiento, dominio propio; al dominio propio, paciencia; a la paciencia, piedad; a la piedad, afecto fraternal; y al afecto fraternal, amor.” Para los que abundan en estas cosas, [Pedro] tiene grandes promesas; pero para los que no las tienen, graves advertencias. Y concluye: “Por lo cual, hermanos, tanto más procurad hacer firme vuestra vocación y elección” (2 Pedro 1:5-10).

PREGUNTAS SOBRE LA LECCIÓN

1. “Escogidos” y “elegidos” están relacionadas con ¿cuáles palabras?

2. ¿Qué es la diferencia entre “presciencia” y “preordinación”?

3. Nacemos de nuevo por la obediencia ¿a qué cosa? (1 Ped. 1:22-23)

4. ¿Cómo “llama” Dios a los que llegan a ser del pueblo de Dios?

5. ¿Quiénes fueron bautizados en el día de Pentecostés (Hechos 2:41)?

6. El Espíritu Santo opera en el corazón del hombre ¿mediante cuál instrumento?

7. ¿Quién es responsable de “hacer firme . . . [la] vocación y elección”?

LECCIÓN OCHO

Viviendo “Como al Señor”

El pueblo de Dios son los que han oído la llamada del evangelio, y han obedecido dicha llamada de corazón. No se han “asociado a un club” al cual deben su fidelidad y su “asistencia” de vez en cuando. [Más bien] “tienen hambre y sed de justicia” (Mateo 5:6), y permiten a los principios de Cristo penetrar cada aspecto de sus vidas. Colosenses 3 hace hincapié en esta nueva vida diciendo, “Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra” (versículo 2). Luego se elabora la idea: “Haced morir . . . fornicación, impureza, pasiones desordenadas, malos deseos y avaricia, que es idolatría” (versículo 5). Además, “*dejad* . . . ira, enojo, malicia, blasfemia, palabras deshonestas de vuestra boca,” etc. (versículos 8-9); y “revestido del nuevo, el cual conforme a la imagen del que lo creó se va renovando hasta el conocimiento pleno” (versículo 10).

Esta última frase claramente pone el estándar correcto ante nosotros. *El pueblo de Dios* deben dejar a Dios modelar sus vidas. Colosenses 3:17 lo dice, “Todo lo que hacéis, sea de palabra o de hecho, *hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús*, dando gracias a Dios Padre por medio de él.” Para que no se nos escape el “todo lo que,” Pablo después llama la atención específicamente a varios aspectos de la vida del individuo. “Casadas, estad sujetas a vuestros maridos, *como conviene en el Señor*. Maridos, amad a vuestras mujeres, y no seáis ásperos con ellas (versículos 18-19). Un pasaje similar en Efesios dice, “Las casadas estén sujetas a sus propios maridos, *como al Señor*” (5:22); y “Maridos, amad a vuestras mujeres, *así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella*” (5:25). Mientras el matrimonio se aplica a la iglesia solamente de manera figurativa, este aspecto privado y doméstico de la vida del *pueblo de Dios* siempre cae bajo regulación divina. Hijos son enseñados a “obedeced a [vuestros] padres en todo, *porque esto agrada al Señor* (Colosenses 3:20); y se hace hincapié en las obligaciones paternas (en Cristo) (Efesios 6:1-4).

“Siervos, [esclavos, cuando esto fue escrito], obedeced en todo a vuestros amos . . . no sirviendo al ojo, como los que quieren agradar a los hombres [mientras observados], sino con corazón sincero, temiendo a Dios. Y todo lo que hagáis, *hacedlo de corazón, como para el Señor y no para los hombres* . . .” (Colosenses 3:22-23). Entonces Pablo se dirige al dueño del esclavo: “Amos, *haced lo que es justo y recto con vuestros siervos, sabiendo que también vosotros tenéis un Amo en los cielos*” (4:1). Este principio se aplica a relaciones entre patrón y empleado hoy.

En Romanos 13, Pablo escribe “. . . y las autoridades [gubernamentales] que existen, han sido establecidas por Dios. De modo que quien se opone a la autoridad, *a lo establecido por Dios resiste*” (versículos 1-2). Después escribe, “es servidor de Dios para tu bien,” y, “Pues por esto pagáis también los tributos, porque son *servidores de Dios*” (versículos 4, 6). Esto fue escrito en un tiempo cuando el gobierno romano era corrupto e imponía tributo a los judíos pesadamente. Pablo no está recomendando a los gobernadores específicos, ni en aquel entonces ni ahora; pero enseña que *el principio* del gobierno civil es “de Dios.” Llama al *pueblo de Dios*

a someterse a las autoridades civiles como “ministros de Dios,” necesarios para castigar a los malhechores y tener una sociedad ordenada.

Cuando Jesús describió el juicio final (Mateo 25:31 y en adelante), dijo que cuando nosotros ministramos a las necesidades de otros, “*a mí lo hicisteis*” y cuando dejamos de ser buen prójimo, “*tampoco a mí lo hicisteis.*” ¡Y así sigue! El Nuevo Testamento está repleto de exhortaciones para **el pueblo de Dios** de vivir “como al Señor” en todo aspecto de sus vidas. Pedro lo dice de esta manera: “*Por causa del Señor* someteos a toda institución humana . . . Porque esta es la voluntad de Dios, que haciendo bien, hagáis callar la ignorancia de los hombres insensatos; como libres, pero no como los que tienen la libertad como pretexto para hacer lo malo, sino *como siervos de Dios*. Honrad a todos. Amad a los hermanos. Temed a Dios. Honrad al rey” (1 Pedro 2:13-17).

El pueblo de Dios son mucho más que cristianos del día domingo por la mañana. Trabajan duro y fielmente durante la semana, su vida social es limpia, sus negocios son honestos y justos. Aun su manera de hablar es influida por su lealtad a Cristo (Mateo 5:34-37). No hay hipocresía en nada de esto, porque viven “de corazón,” y “como al Señor.” Al llamar la atención a estas cosas, sabemos que muchos hoy (tal vez aun miembros de la iglesia) dirán (o pensarán) “Esto es solamente habla de predicador—no podríamos funcionar de esta manera en nuestro mundo.” Primero, favor de notarse que “de esta manera” ha sido establecida con citas específicas de la palabra de Dios. Segundo, **el pueblo de Dios** no son “de este mundo” más bien son peregrinos, solamente pasando rumbo a una “ciudad que tiene fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios” (Hebreos 11:10, 16). Dios **busca a un pueblo** que no son “común.” El camino es angosto y restringido, “y pocos son los que lo hallan,” o que califican (Mateo 7:14).

La Iglesia Local “Como al Señor”

Al andar el cristiano sabiamente “como al Señor,” cada aspecto de su trabajo y culto necesariamente será tocado. Hablaremos en otra lección sobre la obra de la iglesia, pero conviene notar aquí el efecto que “como al Señor” tendrá en las funciones de la iglesia local.

(1) Los miembros fieles no siempre pueden seguir comulgando a los que ignoran al Señor. Pablo escribió a los corintios, “De cierto se oye que hay entre vosotros fornicación, y tal fornicación cual ni aun se nombra entre los gentiles; tanto que alguno tiene la mujer de su padre. Y vosotros estáis envanecidos. ¿No debierais más bien haberos lamentado, para que fuese quitado de en medio de vosotros él que cometió tal acción? (1 Corintios 5:1-2). Leemos en los versículos 4-5, “En el nombre de nuestro Señor Jesucristo, reunidos vosotros y mi espíritu, *con el poder de nuestro Señor Jesucristo*, el tal sea entregado a Satanás para destrucción de la carne [es decir, quitar comunión, “tenle por gentil y publicano,” Mateo 18:17] a fin de que el espíritu sea salvo en el día del Señor Jesús.” Claramente, “como al Señor” toca la conducta de cristianos actuando colectivamente.

(2) En el capítulo seis Pablo les critica por no solucionar sus diferencias como cristiano con cristiano; y no logrando esto, “*ir . . . delante de los santos*” (versículo 1). Pero en vez de esto (versículo 6), “¡el hermano con el hermano pleitea en juicio, y esto ante los incrédulos!” Sigue en el versículo 7, “¿Por qué no sufrís más bien el agravio?” Una iglesia que funciona “como al Señor” y hermanos que funcionan “como al Señor” tienen principios en común, aunque las obligaciones del individuo y las de la iglesia no son idénticas. Esto no quiere decir que la iglesia siempre dará decisiones infalibles. Pero “dilo a la iglesia” (Mateo 18:17) tiene referencia a

hermanos que se reúnen “en el nombre de [Cristo]” o de acuerdo con Su autoridad (versículo 20). El carácter del verdadero **pueblo de Dios** es formado por su reconocimiento de la presencia de Dios, y su deseo de hacer Su voluntad. Esto produce justo juicio.

(3) La iglesia del Señor *apoyará y animará* la enseñanza de todo el consejo de Dios (Hechos 20:27), a la vez haciendo distinción entre lo que se aplica a la iglesia y lo que se aplica solamente al santo como individuo. Maestros de la Biblia exhortarán la honestidad en los negocios, y la ética del trabajo que gobierna a cada individuo (Efesios 4:28); aunque la iglesia no se ocupa en negocios seculares. La Biblia gobierna la conducta del individuo en una fiesta (1 Corintios 10:27-28), pero esto no autoriza banquetes de la iglesia. La advertencia respecto al pecado contra nuestro cuerpo (1 Corintios 6:18-20) no autoriza un gimnasio de una iglesia. La iglesia del Señor apoya y anima las enseñanzas bíblicas respecto a las autoridades civiles; pero no se envuelve en asuntos políticos. El individuo da “a César lo que es de César, y a Dios lo que es de Dios” (Mateo 22:21). La iglesia local tiene la obligación de sostener a santos en necesidad (Lección 10, La Obra de la Iglesia), pero la obligación del individuo alcanza a muchos más. Viviendo “como al Señor,” **el pueblo de Dios** visitan a los enfermos, alimentan a los hambrientos, son “buenos samaritanos” conforme a su capacidad (Lucas 10:27 y en adelante).

Para esta altura [en la lección] debe ser patente que **el pueblo de Dios** no son despreocupados en su relación con Cristo. [Cristo] exige nada de ellos que una persona o “equipo” dedicado y verdaderamente convertido no pueda hacer, y nada será aceptado que no venga de tal dedicación. **El pueblo de Dios** entienden que funcionan en Su presencia.

No ven esto como un descuido terrible, sino como oportunidad para servir a Aquel que les ama y les brinda dirección que, al fin y al cabo, es para su bien. Están agradecidos por cada bendición, y entienden muy bien que si no fuera por la misericordia y el perdón [de Él] quedarían eternamente perdidos.

PREGUNTAS SOBRE LA LECCIÓN

1. ¿Quién establece el estándar o modelo para todo cristiano?

2. Este estándar toca ¿cuáles esferas o aspectos de la vida del cristiano?

3. ¿Qué deben guardar presente los “amos” al gobernar sobre otros?

4. Al sancionar Dios el gobierno civil, ¿aprueba también a gobernadores específicos?

5. ¿Qué quiere decir ser “peregrino” en esta vida?

6. ¿Cómo se conduce la iglesia local “como al Señor”?

7. El estar siempre en la presencia de Dios debe influir en uno ¿cómo?

LECCIÓN NUEVE

“La Iglesia” y el Pueblo de Dios

Hemos dicho que “iglesia” es sustantivo colectivo, aplicado en sentido universal y último a los que son el verdadero **“pueblo de Dios.”** Debido a que esta gente ha respondido a la llamada del evangelio, y ha sido bautizada en Cristo (Hechos 2:41, 47; Gálatas 3:27), el venir a Cristo es venir a Su iglesia; es decir, el cuerpo universal de los salvos. ¿Puede uno decir igualmente que el estar en esta iglesia es estar en Cristo? Si se mantienen las definiciones precisas y la fidelidad, estas expresiones sí se refieren a la misma relación. Sin embargo, aun así es erróneo decir que Cristo y la iglesia son intercambiables. Cristo es el Salvador, mientras la iglesia de que hablamos aquí es el producto o resultado de Su proceso salvador. Solamente los que son “añadidos” por el Señor (Hechos 2:47) son miembros de esta iglesia, y el Señor no se equivoca (2 Timoteo 2:19).

Algunos llaman esto la iglesia “invisible,” aunque sus miembros con su influencia están “visiblemente” ocupados en servicio a su Señor. Se emplean muchas figuras retóricas para definir sus funciones. En la figura del “reino,” Cristo es el Rey, y los que son gobernados son ciudadanos (Efesios 2:19). Cuando se compara a un “cuerpo,” Cristo es la Cabeza (Colosenses 1:18) a quien los miembros (pie, mano, etc.) se someten en unidad de espíritu (1 Corintios 12). En términos de un “edificio,” Cristo es el Cimiento, y los individuos son piedras vivas (Mateo 16:18; 1 Pedro 2:5). Como “familia,” Cristo es el Hijo primogénito, y los “renacidos” son hermanos o hijos (Romanos 8:29). En todas estas figuras Cristo es predominante – el factor clave, aquel del cual la función del conjunto depende. Cristo es la Vid, y “*el que* en mí no permanece, será echado fuera como pámpano” (Juan 15:6). La iglesia universal tiene como unidades los cristianos individuales, no las iglesias locales o las denominaciones.

Nos acordamos de Israel física, llamada “elegida,” “nación santa,” y “pueblo adquirido [por Dios]”; pero de la cual Dios dijo que solamente un remanente muy pequeño sería salvo (Isaías 1:9; 10:20-23). Pablo habla de la salvación de dicho remanente, “conforme a la elección de la gracia de Dios” (Romanos 11:5, LBLA). Elaborando este tema, [Pablo] describe el “árbol” judío con la fase física de la promesa a Abraham por raíz, es decir, “haré de ti una nación grande” (Génesis 12:2-3). Pero Pablo dice que algunas de las ramas naturales (judíos) fueron desgajadas (11:17) “por su incredulidad” (versículo 20). Ramas de olivo silvestre (gentiles) fueron injertadas “para ser participantes de la raíz y de la rica savia” de dicho olivo (versículo 17), evidentemente refiriéndose a bendiciones espirituales en Cristo (Génesis 22:18; Gálatas 3:16). Pablo también recordó a los en el árbol que “por la fe estás en pie.” Además, “No te ensoberbezcas, sino teme. Porque si Dios no perdonó a las ramas naturales, a ti tampoco te perdonará” (Romanos 11:20-21). El “árbol” ya no es judío ni representa afiliación en la iglesia local, sino ha llegado a ser árbol de los que son fieles a Cristo (11:22-24), sin tener en cuenta raza, condición social o género (Gálatas 3:28). La “elección de la gracia” de uno depende de la fidelidad del individuo a Cristo.

Estos serán la iglesia en su sentido final – la desposada presentada a Cristo. Un entendimiento correcto del **pueblo de Dios** nos puede dejar con un sentimiento de impotencia si

esperamos alcanzar esta condición por nuestro mérito. Pero la verdadera iglesia (o desposada) de Cristo es “santa y sin mancha” (Efesios 5:27), no por la perfección por parte del hombre, sino porque Cristo “se entregó a sí mismo por ella” (versículo 25). La fidelidad supone la humildad: reconocimiento de los pecados, arrepentimiento sincero y obediencia que lleva a uno a Dios, buscando perdón mediante el sacrificio que Cristo cumplió por el hombre (Gálatas 3:26-27; Romanos 6:1-6). Los fieles “abogado [tienen] para con el Padre, a Jesucristo el justo” (1 Juan 2:1). Es su esperanza y confianza. A éstos que permanecen fieles, manteniendo una humilde, penitente, y piadosa dependencia de Él, se les dice que nada “nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro” (Romanos 8:39).

Una pluralidad de santos (que tienen acceso los unos a los otros) por acuerdo mutuo y conforme a los ejemplos del Nuevo Testamento, forman *iglesias locales* en sus diversos barrios. Pablo dirigió una carta a “los santos en Cristo Jesús que están en Filipos, con los obispos y diáconos” (Filipenses 1:1), después llamándoles una “iglesia” (4:15). Podemos leer de “la iglesia de Dios . . . en Corinto” (1 Corintios 1:2), y “la iglesia de los Tesalonicenses” (1 Tesalonicenses 1:1). En lo ideal la iglesia local es un “equipo” de santos de la iglesia universal. Debe tener como miembros solamente a los que son cristianos (Hechos 9:26-28), y rechazar a los que persisten en el pecado (Mateo 18:17); pero esta membresía no es tan cierta como la de la iglesia universal. *Personas falibles* toman estas decisiones, y determinan quiénes son añadidos o rechazados. Su conocimiento de la palabra de Dios y de los corazones de la gente está expuesto al error. Pueden retener a algunos que Dios hubiera “quitado” (1 Corintios 5:1-2), o “expulsar” a algunos que Dios hubiera recibido (3 Juan 10). No debemos concluir que todos quienes el hombre reconozca como “miembros de la iglesia” verdaderamente estén en Cristo y, por lo tanto, sean del *pueblo de Dios*.

Sin embargo, conviene guardar presente que Dios conocía el carácter falible de Sus criaturas cuando dejó la formación de iglesias locales al hombre. La [realidad de] que hermanos imperfectos pueden funcionar de manera aceptable como iglesia local se demuestra en el elogio dado por inspiración (Filipenses 1:3-11; 1 Tesalonicenses 1:8). Pablo podía decir a los hermanos en Corinto, “no pude hablaros como a espirituales, sino como a carnales, como a niños en Cristo” (1 Corintios 3:1); y siempre llamarles “la iglesia de Dios . . . en Corinto” (1:1). Esto no excusa el error, pero sí demuestra que el hacerse miembro de una iglesia local no es el último paso a la gloria. Debemos ver a la iglesia local como viaje, no como destino. Consta de gente imperfecta, sí; pero Dios quiere que “crezcan” en Cristo (Efesios 4:14-15) conforme a Sus instrucciones. Este humilde proseguimiento “a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús” (Filipenses 3:14) tal vez será el espíritu detrás de una iglesia “fiel.” Por cierto, la carencia de tal espíritu, y una resistencia de medirse por la palabra de Dios, identifica a una iglesia “infiel.”

Las cartas a los corintios están repletas de advertencias y amonestaciones de corregir varios errores hallados en dicha iglesia. En realidad, mucha de la voluntad de Dios tocante a iglesias locales viene a nosotros mediante la corrección de iglesias en el primer siglo. También se nos muestra que una iglesia local puede dejar su primer amor (Apocalipsis 2:4-5), y perder su lugar ante Dios - “si no te hubieras arrepentido.” Los laodicenses eran solamente “tibios,” y se les dijo, “te vomitaré de mi boca . . . sé pues, celoso, y arrepiéntete” (Apocalipsis 3:16, 19). Un estudio más a fondo de las siete iglesias de Asia (Apocalipsis 2-3) debe convencernos de que una “aceptación” por la iglesia local queda lejos de satisfacer las exigencias divinas respecto al “**pueblo de Dios**” en sentido definitivo. Sin embargo, estas cartas también enseñan que cada

persona es juzgada individualmente, y su esperanza y confianza se basan en Jesucristo, no en la iglesia local.

Dios buscó a su **“pueblo”** definitivo entre los judíos a base de la fidelidad; y hay mucha evidencia de que hoy solamente los “pocos fieles” entre Israel espiritual (Gálatas 3:29) serán aceptables a Él. Por mientras, la iglesia local se hace nuestro lugar de prueba: para edificación y ánimo mutuo en el culto y servicio a Dios, y en la propagación de Su mensaje de salvación. Sus miembros han sido salvados de sus pecados pasados, como Israel fue salvado de Egipto; pero todavía hay la “jornada por el desierto” antes de entrar a Canaán, o al cielo.

Esto quiere decir que la iglesia local es una institución espiritual: para plantar y desarrollar morales divinos y valores espirituales en sus miembros, y para propagar el evangelio a otros. Su propósito es pervertido cuando las metas de “esta vida” toman el lugar de las de “la vida eterna.” No es un club social ni centro cívico, pero tiene un efecto positivo en la sociedad por el desarrollo del carácter del individuo. “La justicia engrandece a la nación; mas el pecado es afrenta de las naciones” (Proverbios 14:34). No debemos esperar que los ideales espirituales de una iglesia verdadera atraigan a la gente carnal, dentro o fuera de su afiliación.

A fin de cuentas, Dios está buscando individuos fieles. Cada uno viene a Él individualmente, obedeciendo la llamada del evangelio y prometiendo lealtad a Jesucristo. Su palabra nos instruye a trabajar y adorar juntamente (Hebreos 10:25) pero cada uno tiene que ser responsable por responder a la palabra que le juzgará individualmente en el día postrero (Juan 12:48). “La iglesia” no puede adorar por mí, o por ti; “Por tanto, pruébese cada uno a sí mismo, y coma así del pan, y beba de la copa” (1 Corintios 11:28).

Los cristianos constituyen un sacerdocio santo y real, con acceso individual mediante Cristo (nuestro Sumo Sacerdote) al trono de la gracia en el cielo (Hebreos 4:14-16). Podemos y debemos animar y ayudar los unos a los otros a servir a Dios aceptadamente, pero en el día final “cada uno llevará su propia carga” (Gálatas 6:1-5). Cada uno es responsable por conocer la voluntad de Dios para que su conciencia sea ajustada correctamente. Cada uno debe actuar conforme a su conciencia aun si esto signifique conflicto con la iglesia local. El respeto para el juicio de los obispos de la iglesia es muy importante, pero no debe tomar el lugar de respeto para la palabra de Dios. Jesucristo, como revelado en Su palabra, es la autoridad final; y la respuesta individual a la ley del Señor es lo que satisface los propósitos de Dios y produce el verdadero *pueblo de Dios*.

PREGUNTAS SOBRE LA LECCIÓN

1. ¿Debemos decir que el estar en la iglesia local es estar en Cristo?

2. ¿Cuáles son las unidades de la iglesia universal?

3. ¿De qué depende la “elección de gracia” del hombre? (Romanos 11)

4. ¿De qué manera es la verdadera iglesia (la desposada de Cristo) “sin mancha”? (Efesios 5:27)

5. ¿Quién determina la afiliación en (1) la iglesia local, (2) la iglesia universal?

6. Dar una explicación de la perfección mediante el proseguimiento “a la meta” (Filipenses 3:14).

7. El juicio final se hace ¿en las iglesias locales, o en los individuos?

LECCIÓN DIEZ

La Obra de la Iglesia Local

El autor de Hebreos exhorta a los hermanos, “considerémonos unos a otros para estimularnos al amor y a las buenas obras; no dejando de congregarnos” (Hebreos 10:24-25). “El amor y la buenas obras” es una definición general de la obra que se espera de cada “equipo” de santos, pero cuando examinamos los detalles del amor y las buenas obras en las Escrituras hallamos que son muy diferentes de las “fiestas sociales” de las iglesias de hoy día. Los Hechos de los Apóstoles es una historia de la iglesia primitiva. Miremos esta historia, y unas pocas otras escrituras, para ver por qué se reunían estos santos.

“Estaban juntos, y tenían en común todas las cosas” (Hechos 2:44) *para prestar ayuda a santos en necesidad*. Se reunían para *orar* (4:31; 12:12). Estaban reunidos para *seleccionar a siervos* para la iglesia (6:2-5); para *instrucciones* en asuntos divinos (11:26); para *escuchar informes* sobre un viaje de predicación (14:27); para *escuchar discusión* respecto a la voluntad de Dios para los gentiles, y *participar en una carta* sobre esta voluntad de Dios (15:12, 22-23); mientras otros se reunieron para *recibir dicha carta* (15:30). Se reunían para *partir el pan* (la cena del Señor, 20:7; 1 Corintios 11:18, 20); para *retirar comunión* de un pecador (1 Corintios 5:4-5); para *edificar los unos a los otros* en asuntos espirituales (1 Corintios 14:26); y para *enseñar y exhortar en himnos de adoración* (Colosenses 3:16).

Revisemos estos pasajes, y dejemos que nos digan algo sobre la obra aprobada de santos actuando colectivamente. [Estos santos] adoran a Dios juntamente, se cooperan en aprender más de Su voluntad, y en llevar la verdad a otros. Adoptan una postura abierta contra el pecado, y dan limosna a los santos que están en necesidad. ¿Se dio cuenta usted de la ausencia de equipos de pelota de la iglesia, cenas, fiestas sociales, o reuniones para tomar café patrocinadas por la iglesia?

Otra manera de averiguar la obra de la iglesia local es por ver cómo las iglesias de la Biblia usaban su dinero. Una vez hablé con un señor que era miembro de una iglesia local que no creía en tener una “tesorería de iglesia.” Dijo que solamente recogían fondos cuando había alguna necesidad . . . y cuando le pedí un ejemplo, me citó una vez que el granizo rompió varias ventanas de su lugar de reunión. Le dije que nosotros también recogíamos fondos cuando había alguna necesidad – pero *hallábamos una necesidad constante* de promover la causa del Señor y llevar el evangelio al mundo. Para este fin imprimíamos y distribuíamos folletos, predicábamos el evangelio por radio, enviábamos sostenimiento a predicadores del evangelio en varios campos, cuidábamos de miembros indigentes, etc. Una iglesia recoge sus recursos (para acción colectiva) por juntar fondos que pueden ser cambiados por dicha obra. Volvamos a mirar la historia de algunas iglesias de la Biblia para ver cómo ellos usaban sus recursos.

Para ayudar a hermanos en necesidad vendieron tierras y casas, y pusieron el dinero a los pies de los apóstoles (Hechos 4:32, 34-37). Después, Pablo dio instrucciones a las iglesias sobre *cómo enviar ayuda a los santos lejanos* (1 Corintios 16:1-2). La iglesia local *sostenía a predicadores* que propagaban el evangelio (Filipenses 4:15; 2 Corintios 11:8). Cuidaban de “*viudas que en verdad lo son*” (1 Timoteo 5:3, 16); y sostenían a *ancianos (obispos)* que

trabajaban en predicar y enseñar (1 Timoteo 5:17-18). Ni una cocina de la iglesia, salón de reunión social, o gimnasio. ¡Increíble! ¿Cómo será que lograron nuevos miembros? ¿O hallaron el gozo? (Filipenses 4:4-7).

Parece haber dos divisiones principales en la obra de la iglesia en lo anterior – cosas por las cuales la iglesia podría gastar sus recursos colectivos: a saber, **el mantenimiento propio**: el culto, la edificación propia, y el cuidado de los suyos que tuvieran necesidad; y **la obra en el mundo**: predicando al mundo, ayudando a otros santos en necesidad. Por supuesto esto es solamente un bosquejo, y no especifica los detalles que se deben considerar. Sin embargo da una idea de lo que es la función autorizada de una iglesia local. Es una institución espiritual, diseñada especialmente para cumplir con necesidades espirituales. Esto no quiere decir que es malo que los santos como individuos tengan comunión social, actividades deportivas, un lugar en el mundo de negocios, etc. Tales actividades aun son gobernadas por la palabra de Dios “como al Señor,” tratadas en una lección anterior. Pero la iglesia local, como un cuerpo de bomberos, es financiada para propósitos especiales. Imagínese un cuerpo de bomberos, con necesidad de una nueva bomba de incendios, pero usando su porción de dinero de impuestos para patrocinar un equipo de pelota. Supe de una iglesia que construyó sala y gimnasio, pero no tenía fondo suficiente para construir salas de clase o comprar el equipo necesario para ellas.

A esta altura nos preguntan a menudo, “¿Dónde hay autoridad bíblica para construir edificio alguno de iglesia?” La autoridad para reunirse es también autoridad para un lugar de reunión (prestado, alquilado, o construido), pero sabemos que aun esto puede ser abusado. El lugar, sus muebles y equipo deben ser apropiados para el uso autorizado por Dios (véase lo anterior), no un monumento al orgullo ni un lugar para diversión y fiesta. Cuando los corintios abusaban de la cena del Señor – convirtiéndola en cena común – Pablo pregunta, “¿no tenéis casas en que comáis y bebáis?” (1 Corintios 11:22) No se trataba de su *lugar* de reunión – las iglesias primitivas a menudo adoraban en sus casas. Y no había nada malo, en sí, en una comida común. Pero confundían una reunión y función de culto (comunión sagrada con el Señor, versículos 23-29) con una función doméstica, y esto era pecado.

La evidencia bíblica señala que debe haber una distinción entre las obligaciones individuales de un cristiano, y las de la iglesia actuando colectivamente. En 1 Timoteo 5:16 leemos, “Si algún creyente o alguna creyente tiene viudas, que las mantenga, y *no sea gravada la iglesia*, a fin de que haya lo suficiente para las que en verdad son viudas.” (“Las que en verdad son viudas” habían de manifestar características especiales; véase 1 Timoteo 5:3-10.) He aquí una obligación de ciertos santos como individuos que no es obligación de la unidad de la iglesia local.

Otro pasaje demostrando una distinción entre “la iglesia” y el santo como individuo se encuentra en Mateo 18:15-17. Un hermano debe ir con otro que le ofendió, y tratar de corregir el asunto en privado. No logrando esto, debe llevar a uno o dos más, “para que en boca de dos o tres testigos conste toda palabra.” He aquí una pluralidad de hermanos trabajando en un problema espiritual; pero el pasaje sigue: “Si no los oyere a ellos, dilo a la iglesia.” La “iglesia” es más que solamente una pluralidad de hermanos. Esta distinción se debe guardar presente al estudiar la obra de la iglesia. “Si no oyere a la iglesia, tenle por gentil y publicano.” La “iglesia” viene a ser una extensión de los primeros esfuerzos de individuos para la justicia.

Este pasaje también muestra que la iglesia local es una entidad – puede oír, y hablar, y puede funcionar como unidad. Mientras el pueblo de Dios como individuos deben glorificar a

Dios en todas sus actividades (1 Corintios 10:31; 1 Pedro 4:10-11), *la iglesia local es la única unidad organizada de santos que la palabra de Dios reconoce para efectuar Su obra*. El verdadero **pueblo de Dios** no organizará nada más que iglesias locales para hacer la obra colectiva que Dios les ha asignado. El evangelismo es una obra de la iglesia; pero las iglesias locales traspasan la autoridad divina cuando organizan una “sociedad misionera” y recogen en esta organización humana fondos de las iglesias para llevar el evangelio al mundo. Ahora, ignorando por el momento los objetos bíblicos de la benevolencia de la iglesia, ¿cómo podemos pensar que iglesias pueden organizar una sociedad benévola para llevar ayuda material al mundo? Tal concepto organizativo es erróneo, a pesar de los argumentos emocionales.

Hemos demostrado que los santos como individuos tienen obligaciones cívicas, sociales, y domésticas aprobadas por Dios que no son obligaciones de la iglesia local. Pero algunos que están de acuerdo con nosotros en estas distinciones lo encuentran difícil incluir obligaciones de benevolencia en la lista. Algunos citan Gálatas 6:10, “hagamos bien a todos, y mayormente a los de la familia de la fe.” Pero el contexto (6:1-9) demuestra que se trata del donador como individuo, tal como lo hace el siguiente contexto tocante la circuncisión (6:11-18). Otros citan 2 Corintios 9:13, “y para todos [los hombres].” Otra vez, el contexto de esta ayuda para “los pobres que hay entre los santos que están en Jerusalén” queda bien establecido (Romanos 15:25-27, 31; 2 Corintios 8:4, 14; 9:1, 12). Pablo aun dice que los donadores gentiles habían sido hechos “participantes de sus [los destinatarios – santos] bienes espirituales,” y deben “ministrarles [a los santos] de los materiales” (Romanos 15:27). En 2 Corintios 9:13-14 los que reciben “glorifican a Dios” y “oran” por los donadores – difícilmente la respuesta de incrédulos. La benevolencia general es la responsabilidad de los santos como individuos.

Para una comparación del uso de “para todos” (*eis pantas*) en 2 Corintios 9:13, véase 1 Tesalonicenses 3:12: “el Señor os haga crecer y abundar en amor unos para con otros y para con todos, *como también lo hacemos nosotros para con vosotros*.” Después en el versículo 13: “para que sean afirmados vuestros corazones, irrepreensibles en santidad delante de Dios nuestro Padre, en la venida de nuestro Señor Jesucristo *con todos sus santos*.” “*Eis pantas*” no excluye a otro santos – véase Filemón 5, “hacia el Señor Jesús, y para con todos los santos” (*eis pantas hagiouis*). Yo creo que las Escrituras limitan las obras de benevolencia de la tesorería de la iglesia a la ayuda para santos en necesidad; para que la principal obra colectiva de los santos sea la propagación del evangelio y el culto y edificación de los que ingresan al **pueblo de Dios**. Es evidente que las iglesias deben ser *independientes y autónomas*, no formando “equipos” de iglesias que recogen sus fondos en proyectos misioneros o de benevolencia bajo alguna “mesa directiva” o “iglesia patrocinadora.” Limosnas para una iglesia en necesidad (2 Corintios 8:14) está muy lejos del envío de fondos a una iglesia con abundancia, y dejando que sus ancianos controlen y supervisen dichos fondos.

PREGUNTAS SOBRE LA LECCIÓN

1. ¿Por qué se reunían los cristianos del Nuevo Testamento? ¿Cómo empleaban sus recursos?

2. ¿Cómo nos revela esto la obra de las iglesias primitivas?

3. ¿Por qué debe esto determinar la obra de las iglesias hoy?

4. Dar una explicación de algunas distinciones en el Nuevo Testamento entre las obligaciones de individuos y las de iglesias.

5. ¿Cuál era un error básico en el uso que los corintios daban a la cena del Señor?

6. Dar ejemplos de las obras de las iglesias primitivas en cuanto a su mantenimiento propio y su obra en el mundo.

7. Dar una explicación de la autoridad bíblica para un lugar de reunión.

LECCIÓN ONCE

Conceptos Erróneos sobre “Iglesia”

“Iglesia,” de *ekklesia* (los “llamados fuera de . . .”), es un nombre colectivo, como “rebaño” (Hechos 20:28) o “manada.” Cuando decimos “iglesia” debemos pensar en “personas” – los que han obedecido la llamada del evangelio, y tienen a Cristo por único “Maestro” (Mateo 23:8).

Pero esto no es el concepto popular. El católico romano declara que la iglesia es “una visible sociedad jerárquica; es decir, una compuesta de súbditos y superiores que legítimamente gobiernan a los súbditos.” Parece probable que los primeros apóstatas en la iglesia del Señor adoptaron el concepto judaico del sacerdocio, pensando que los obispos (pastores, ancianos) servían de intermediarios entre el “laicado” y Dios. Nuestra cita sigue: “El Sumo, Romano Pontífice y los obispos bajo él constituyen la jerarquía gobernante de la Iglesia.” Esta sociedad jerárquica se ve como teniendo “el poder y autoridad no solo de enseñar doctrinas [de Cristo] sino también de administrar sus sacramentos” (vías de gracia divina). Estos sacramentos según el católico son el Bautismo, la Confesión (perdona los pecados), la Santa Eucaristía (la cena del Señor), la Confirmación, las Órdenes Sagradas (confieren poderes de sacerdocio), el Matrimonio, y la Extremaunción. (*Baltimore Catechism No. 3*, con notas por John A. O’Brien; Ave Maria Press, Notre Dame, IN).

Nótese la expresión anterior: “el poder y autoridad” de enseñar, conferir bendiciones, etc. Esto es el concepto institucional de “iglesia,” por lo cual *la institución* valida y administra. Esta supuesta autoridad de la iglesia se ve claramente en la siguiente cita. “Para que el ministro confiera válidamente los sacramentos es necesario: primero, que tenga la potestad de administrarlos; segundo, que tenga jurisdicción en los sacramentos que lo exigen; tercero, que cumpla con todas las ceremonias esenciales; cuarto, que manifieste por lo menos la intención de ‘hacer lo que la iglesia hace,’ es decir, de realizar la sagrada ceremonia que es común entre los católicos” (*ibid.*, pág. 190). El catolicismo es un buen ejemplo del institucionalismo pero sus principios se hallan en otros lugares [también].

Entre los primeros “protestantes” había un énfasis en el sacerdocio de los creyentes, y algunos esfuerzos de romper con el concepto institucional de la “iglesia”; pero con el desarrollo de cada denominación, y mientras el “gobierno” político se consideraba necesario, la distinción entre clero y laicado y “la autoridad de la iglesia” otra vez fueron afirmadas. El partidismo que se aferra a los credos contribuye mucho a este concepto, aun entre los que antes enfatizaban la independencia y autonomía de la iglesia local. Parece que muchos no pueden creer – realmente creer: (a) que cada iglesia local nombra a sus propios obispos, que “gobiernan” solamente en esas cuestiones de juicio que se le permiten al hombre; y (b) que cada cristiano es “sacerdote” y dará cuenta a Dios personalmente en cuanto a su culto y servicio. Asuntos de fe son determinados por Jesucristo, que gobierna y al final juzgará a todos por Su palabra.

El catolicismo cree que la iglesia es “establecida por Dios para la salvación de las almas” (*ibid.*, pág. 121); mientras las Escrituras enseñan que es *el producto* de la salvación en Cristo. La iglesia no salva, más bien *es [el conjunto de] los salvados*. Pero los católicos no están solos en este criterio. Algunos parecen entender la historia de la iglesia de la siguiente manera (si

dejamos lugar para un poquito de humorismo). El Señor estableció a una institución de salvación - la llamaremos “un pequeño carrito rojo” - para que el hombre se lo subiera y fuera transportado al cielo. Pero la historia de la iglesia nos dice que cambios drásticos ocurrieron a través de los años. El sistema metropolitano juntó a las iglesias locales, produjo el sistema sacerdotal (autoridad en el sacerdocio o en la iglesia), cambios en la doctrina ocurrieron - el pequeño carrito rojo empezó a echarse abajo, y por último quedó tan corrupto que no podía llevar almas a su hogar en la gloria.

Los reformadores intentaban arreglar el pequeño carrito rojo, pero añadieron partes no autorizadas. Trabajando en el cajón, torcieron la lanza. Pusieron las ruedas al revés, y terminaron con un carrito que iba en tantas diferentes direcciones que no podía llevar almas al cielo. En eso Alejandro Campbell (o cualquier predicador de la Restauración que usted tenga por favorito) amaneció una bella mañana, se estiró, y dijo, “Creo que voy a arreglar el pequeño carrito rojo hoy.” Quitó toda pieza de equipo no autorizada, las reemplazó con partes estrictamente expedidas por las autoridades, enderezó la lanza, puso ruedas rápidas y bien dirigidas, volvió a pintar el cajón, y lo rotuló en un lado: Iglesia de Cristo. Ahora el pequeño carrito rojo (la iglesia) quedó restaurado, y podía otra vez llevar almas a su hogar en la gloria. ***Espero sinceramente que el lector no crea esto.*** Es una cosa respetar la predicación que procura “volver a la Biblia” pero es otra cosa lejana decir que la perpetuidad de alguna institución antigua es la clave para [llegar a] Cristo, o para llegar al cielo. *La palabra* es la semilla del reino (Lucas 8:11). Por el poder y autoridad de Cristo esta palabra salió de Jerusalén (Isaías 2:2-3; Hechos 2) y sigue hoy. Todavía puede ser recibida y obedecida, y quien la recibe puede adorar a Dios y servirle aceptablemente.

El bautismo y la cena del Señor no son “ordenanzas de la iglesia,” es decir, no dependen de la iglesia por su validez o autoridad. Supongamos que una copia de la Biblia llega flotando a tierra en alguna isla lejana, y los habitantes podrían traducir su mensaje de salvación en Cristo. Aunque ninguna “iglesia” había estado allí, una persona podría aceptar y obedecer al Señor (por este medio haciéndose un miembro del “cuerpo de Cristo,” la iglesia universal), y podría rendir culto a Dios aceptablemente. Respondamos [a la pregunta], “¿si no, por qué no?” y a lo mejor descubriremos cuán orientados al [concepto] institucional seamos. Otros, al obedecer también, serán enseñados por el Nuevo Testamento que deben trabajar y rendir culto juntamente (formando una iglesia local), pero *la palabra dará validez a su bautismo y culto*, no alguna supuesta “autoridad de la iglesia.”

Las iglesias que creen que el “oficio” apostólico sigue hoy tienen que enfrentarse a varios problemas. En el nombramiento de Matías para “tomar la parte del ministerio” de Judas, se exigieron calificaciones que ningún hombre hoy puede cumplir. Para ser contado con los doce, la persona tiene que “habernos acompañado todo el tiempo que el Señor Jesús entraba y salía entre nosotros, comenzando desde el bautismo de Juan hasta el día en que de entre nosotros fue recibido arriba” (Hechos 1:21-22). Tiene que ser inspirado para saber “toda la verdad” (Juan 16:12-13²), “confirmando la palabra con las señales que la seguían” (Marcos 16:20; Hebreos 2:4). La palabra “apóstol” (uno enviado), como “ángel” (mensajero), puede tener un uso general, pero cuando es aplicada a los que introdujeron el evangelio el día de Pentecostés tiene requisitos estrictos. Aun Pablo, especialmente “enviado” a los gentiles, tuvo que ver al Señor resucitado (Hechos 26:16; 1 Corintios 15:7-8). No hay tales apóstoles hoy (su obra perdura en

² El manuscrito en inglés agrega aquí la referencia en Lucas 24:12-13, pero el redactor no ve la conexión, mhr.

las Escrituras), y el afirmar que hay hombres hoy que puedan añadir o cambiar doctrinas, y que formen una jerarquía gobernando en la iglesia, es una absurdidad peligrosa.

(1) Si un mensaje hoy es verdaderamente de Dios [entonces] no contradirá las revelaciones anteriores de la Biblia (Gálatas 1:8). (2) Tal revelación posterior indicaría que la primera estaba incompleta – pero ésta reclama la perfección (2 Timoteo 3:16-17; Juan 20:30-31; compárese Apocalipsis 22:18-19). (3) La revelación del Nuevo Testamento nos prepara “para toda buena obra” (2 Timoteo 2:21; cf. Hebreos 13:20-21).

De vez en cuando algunos procuran sostener su posición por reclamar que “la gran sección central de la iglesia no puede estar equivocada.” Por supuesto, esto ignora el estándar de la Biblia, y una larga historia de “mayorías” equivocadas. Pablo escribió a los corintios, diciendo, “Porque no nos atrevemos a contarnos ni a compararnos con algunos que se alaban a sí mismos; pero ellos, midiéndose a sí mismos por sí mismos, y comparándose consigo mismos, no son juiciosos” (2 Corintios 10:12-13). Pablo luego dice que tiene una “regla que Dios nos ha dado por medida, para llegar también hasta vosotros” (versículo 14).

Cuando publicaciones populares empiezan a creerse la policía de “la hermandad,” sus creencias pueden llegar a equivaler a un credo – aunque nunca lo llamarían así. Parece ser difícil para el hombre humillarse ante Dios y dejar que Su palabra sea la esfera “que llegue también” – a mí.

Las iglesias locales deben ser formadas por un *pueblo de Dios* verdaderamente convertido, unidos por su común interés en servir al Señor. Si son convertidos solamente a “la iglesia,” la iglesia “les desilusionará.” Viendo sus fallas (las iglesias locales están expuestas al error) éstos se confundirán, y en vez de procurar una solución bíblica, desilusionarán a la iglesia, haciéndose parte del problema. Pero donde los miembros están convertidos a Cristo éstos trabajan y rinde culto en armonía, cada uno esforzándose por hacer lo que la palabra de Cristo enseña. Las diferencias de comprensión de la palabra de Dios (y éstas habrán) serán solucionadas con mayor y más profundo estudio de dicha palabra, porque la lealtad de cada miembro es para Cristo, no para sí mismo. Si esto parece idealista, acordémonos que *el pueblo de Dios* procura alcanzar un estándar divino. Es precisamente por este *esfuerzo* ordenado por Dios que tales califican como *pueblo de Dios*, con fe en Sus caminos así como en Sus promesas.

Al hacerse cristiano uno sacrifica a sí mismo a Jesucristo y de allí en adelante es siervo del Rey. El trabajo de equipo con otros santos también significa renunciar alguna independencia en cuanto a temas de juicio humano; por ejemplo, la hora y el lugar de reunión para adorar. Pero en ningún caso debe uno del *pueblo de Dios* actuar en contra de su conciencia, establecida por el conocimiento de la palabra de Dios. Es concepto erróneo el que cree que la lealtad a la iglesia local (al equipo) pueda tomar el lugar de la sumisión a Cristo de todo corazón.

PREGUNTAS SOBRE LA LECCIÓN

1. ¿Qué quiere decir el concepto “institucional” de la iglesia?

2. ¿Cómo influye el concepto “institucional” en [asuntos como] el bautismo o la cena del Señor?

3. ¿[Se debe entender que] la iglesia universal salva, o que es más bien [el conjunto de] los salvos? ¿Qué de la iglesia local?

4. ¿Cuáles eran marcas calificativas de los doce apóstoles?

5. Dar una explicación de cómo las Escrituras niegan el concepto de revelaciones de estos últimos días.

6. ¿Se determina la verdad por lo que “la gran sección central” de la iglesia dice?

7. Dar comentario sobre [las expresiones] “convertido a la iglesia” y “convertido a Cristo.”

LECCIÓN DOCE

La Verdad es una Montaña

Nuestro estudio del *pueblo de Dios*, según las Escrituras lo revelan, nos ha guiado por una consideración de la búsqueda de Dios de un “pueblo” especial aun entre los escogidos de Israel. Hemos leído los requisitos que exigen el sacrificio de uno mismo [necesarios] para llegar a ser un cristiano, y cómo Dios examina los corazones de los que emprenden viajar por esta senda estrecha. Y hemos visto cómo Dios exige al cristiano vivir *todo aspecto de su vida* “como al Señor.” De vez en cuando el predicador de requisitos tan rigurosos oirá a alguien decir, “Es mucho – Dios espera demasiado de mí.”

Tal vez el predicador, en su celo de convencer al oyente de su condición pecaminosa, no ha hecho suficiente énfasis en la gracia y misericordia que son la base del remedio de Dios. Dios ha sacrificado a Su Hijo para que el hombre tenga perdón de pecados. El Creador no es insensible, ni indiferente respecto a Sus criaturas. Es “paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento” (2 Pedro 3:9).

Pero hay otra explicación que al hombre, en su orgullo, le cuesta considerar. Estamos enfrentados con la disparidad del hombre tratando de juzgar normas divinas con las limitaciones humanas y manchadas por el pecado. El agua de la vida eterna mana de una fuente mucho más allá del hombre. El cristianismo genuino no es producto o fruto de la moralidad humana, más bien la aceptación de normas que provinieron del Padre celestial – desde un nivel de perfección más allá del hombre. El hombre entonces no puede ser juez *de* la ley (Santiago 4:11); más bien es juzgado *por* la ley (Santiago 2:10-12).

Creando en Dios, el hombre tiene que creer que Dios sabe mejor; y que el camino de Dios es la guía perfecta para la mejor vida que el hombre puede tener en la tierra, y la única vida que puede tener en el cielo. El verdadero *pueblo de Dios* está dedicado a principios idealistas (ellos libremente lo confiesan), porque entienden que éstos vienen de un origen superior a lo mejor del hombre. El esfuerzo del hombre de obedecer será determinado *por el grado de su fe*, y la fe genuina no es lo que uno “siente” subjetivamente, sino una aceptación objetiva de la palabra de Dios.

Muchos tratan la Biblia como un icono “santo,” quizás leyendo un versículo o dos antes de acostarse, para satisfacer sentimientos emocionales. Tienen poco entendimiento de contexto; y ninguna inclinación de verdaderamente *estudiar* un tema al fondo. Si lo que leen no concuerda con sus conceptos, se sienten con la libertad de ajustarlo o sazonzarlo a su gusto. Aman a Jesús – ¡Oh Jesús, Jesús, Jesús! – con poca o ninguna comprensión de lo que esto significa en [cuanto a] aplicación a sus vidas. Si leemos a tal persona, “El que me ama, mi palabra guardará” (Juan 14:23), capaz que nos responda con una mirada en blanco o la acusación de impertinencia.

Hay quienes se encuentran en rebelión arrogante contra las enseñanzas bíblicas. [Pero si] les identificamos y tratamos de corregir su error [entonces] no mostramos amor, o somos un “sabelotodo.” Este tipo no suele tener tiempo para escudriñar “las Escrituras para ver si estas cosas eran así” (Hechos 17:11). Si no pueden ganar en una confrontación, [entonces] son “muy santos” para discutir con uno y simplemente se van.

Los que son aferrados a la tradición han heredado su religión de sus padres o parientes, y no sienten la necesidad de investigarlo. Lo que bastaba para el tío Juan basta para ellos. Y algunos simplemente son débiles – en muchos sentidos. Quieren que otro elabore un sistema que ellos pueden aceptar. ¡Dejémoslo al predicador! Algunos vienen al predicador y preguntan, “¿Qué creemos sobre” esto o aquello? Nunca parece ocurrirles que esto rechaza “la fe – por el oír – por la palabra” (Romanos 10:17), y aun muestra que tienen poco conocimiento de la “fe” que pretenden aceptar. Y algunos, como Pilato, aun niegan que hay tal cosa como “verdad” absoluta (Juan 18:38).

Favor de consentir a este viejo la inclusión de algo que escribió hace años.

La Verdad es una Montaña

“La verdad es una montaña, elevándose alto. Majestuosa e imponente, llama al alpinista. Grande y maravillosa, vestida de misterios, amenaza y promete. Extendiéndose benévola al mundo, llama a todos; sin embargo rigurosamente sostiene su corona en lo alto para desafiar a cada uno que viene.

“Abajo, en veredas niveladas con pasamano, se mueven las masas. Turistas con cámaras sonando, cansados de viaje, apenas comprenden las palabras preparadas de su guía, y muchos menos comprenden la escena mágica. La vía crece empinada, y muchos desfallecen. Vagan a la deriva sin designio en parques y bosques de teoría, con sus credos. Contentos de alabar de boquilla la fuente arriba; beben a sorbos sus aguas, hacen muecas, y añaden azucarados o amarguras a su gusto. “Ahora, está maravillosa,” dicen. “Debemos organizar un partido y traer a otros a este camino.” Por lo tanto beben a sorbos y charlan; alaban, con frase superficial; se detienen para descansar, y descansando, duermen.

“Por mientras LA VERDAD – gloriosa, maravillosa, verdad entera, corona su cabeza de nubes canosas y clama con voz de trueno: ¡Adelante! ¡Arriba! ¡Más alto!

“El error grita burla, tapa la oreja. Juntamente con la arrogancia oculta sus heridas y camina por otro rumbo. La tradición, vestida ricamente y rígida por la vejez, no se atreve a intentar la senda escabrosa. Y los débiles, temiendo mirar hacia el cielo, apoyan un rumbo que otros planean, y desean estar en mejor clima.

“Pero la fe responde, y en el buscador sincero despierta el deseo. Se atreve a levantar los ojos. Trabajando, sudando, paso a paso sube. Luchando por atravesar maderos caídos en la ladera, avanza hacia arriba. Más alto y más alto, sus pulmones ardiendo, sube con pie y mano; con corazón y alma. Para LA VERDAD vive; si necesario, [para ella] muere. No pide albergue, no oye desprecio. Su esperanza está fijada en esta meta, cuyas cortinas de niebla a veces se abren y a sus ojos capturados revelan su cima lavada por el sol. No necesita otro premio más que éste, porque aquí el hombre valientemente se halla; y aquí – el hombre humildemente anda con Dios.”

Sí, [es] *la fe del pueblo de Dios* [la que] les mueve a “levantar los ojos” a Dios, y esforzarse por “alcanzar” las normas que ha puesto para ellos. Para el presente siglo materialista y escéptico esto querrá decir que dicho pueblo es “supersticioso,” “crédulo,” o aun “ignorante” –

lo cual les estorba poco, porque tienen una fuerza interna que no es afectada fácilmente por la injuria. Mucho ojo, nos referimos a los verdaderos creyentes – la “iglesia” solamente en el sentido universal de “los salvos.” El mundo aceptará que “la religión” “tenga lugar” en la reducción del crimen o el mejoramiento de las normas de la sociedad; y los fieles sí mejoran el mundo mientras lo atraviesan. Pero su motivación es la fe en Dios – su objetivo final es el cielo.

Los *verdaderos fieles* no se gozan de la debilidad de otros; al contrario, sienten pena por su apuro, y están ansiosos por ayudarles. El ***Pueblo de Dios*** es movido a misericordia para con toda la humanidad, y se humillan al acordarse de sus propias debilidades. “De no ser por la gracia de Dios [sufro el mismo fin que aquél].” Jesús describe la actitud correcta en la parábola de las oraciones del fariseo y el publicano. Uno oraba, “te doy gracias porque no soy como los otros hombres, ladrones, injustos, adúlteros, ni aun como este publicano [recaudador de impuestos, LBLA]. . .” Pero el publicano “no quería ni aun alzar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: Dios, sé propicio a mí, pecador.” Éste fue justificado antes que el otro (Lucas 18:9-14).

El alpinista de la montaña de Dios no es egocéntrico ni arrogante. Bien conoce sus debilidades, y las exigencias de la subida por delante; pero su fe en Dios le mantiene luchando con un empeño que, mediante Dios, ganará al final.

PREGUNTAS SOBRE LA LECCIÓN

1. Dar respuesta a la queja de que Dios es demasiado estricto.

2. ¿Por qué es imposible que el hombre juzgue a Dios?

3. Explicar la diferencia entre “la fe” y un “sentimiento subjetivo.”

4. ¿Es el cristianismo el fruto del desarrollo moral del hombre?

5. ¿Cuáles son algunos usos de la Biblia inadecuados?

6. ¿Cuál es la actitud correcta respecto a los que se encuentren en el error?

7. Dar algunos puntos importantes en [la alegoría,] “La Verdad es una Montaña.”

LECCIÓN TRECE

El Pueblo de Dios por la Eternidad

La Biblia presenta a Dios como “en el principio” (Génesis 1:1), el Creador *eterno*. Al bendecir a los hijos de Israel Moisés dijo, “El eterno Dios es tu refugio, y acá abajo los brazos eternos . . .” (Deuteronomio 33:27). Y Pablo escribió, “Porque las cosas invisibles de él, su *eterno* poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen excusa. Pues habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias . . .” (Romanos 1:20-21). Dios siempre ha existido y siempre existirá.

Por todo este estudio hemos visto que Dios, en Jesucristo, ha suministrado a sus criaturas un ejemplo perfecto para sus vidas, y el medio de perdón cuando fracasen. Sus requisitos rigurosos de una vida fiel por parte del hombre tienen el objetivo de formar un “**pueblo**” que (a) le busque y halle; (b) le rinda culto y reconozca su dependencia de Él; y (c) responda a Su amor [con el mismo amor] – en una palabra, *glorificar* a Dios. Pedro escribió “a los que habéis alcanzado . . . una fe igualmente preciosa que la nuestra,” y dijo que a los tales fueron dadas “preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas *llegaseis a ser participantes de la naturaleza divina*, habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia” (2 Pedro 1:1-4). Parece obvio que las “preciosas y grandísimas promesas” de Dios alcanzan más allá de la vida temporal del hombre, animándole a prepararse para la eternidad – la esfera del Creador Eterno. Sirven de preludio a un destino eterno.

A los fieles se les promete tan a menudo el cielo, la vida eterna, y la inmortalidad que necesitamos mencionar solamente unas pocas Escrituras (Juan 3:12-16; 6:40; Romanos 2:7; 6:23). Aun en tales citas limitadas la resurrección e inmortalidad del hombre son claramente enseñadas. Pedro dice que habrán “cielos nuevos y tierra nueva, en los cuales mora la justicia” (2 Pedro 3:13). La resurrección del hombre está enlazada con la de Jesucristo (1 Corintios 15), y el destino de los fieles es “así estaremos siempre con el Señor” (1 Tesalonicenses 4:13-18).

Se nos dice que el Señor está a la diestra de Dios en el cielo (Marcos 16:19; Efesios 1:19-23), entonces el “estar con el Señor” es estar en el cielo, pero ¿qué quiere decir esto? Descripciones del cielo son pocas, y suelen ser expresadas en lenguaje figurado. Por lo visto, la razón de esto es que una gente limitada por el tiempo y el espacio es incapaz de comprender los detalles de la vida venidera. Una descripción literal del cielo no podría comunicar imagen mental a la mente de los cuyo poder de percepción es limitado a las cosas de esta vida.

En 2 Corintios 12:2 nótese cómo Pablo habla de su experiencia fuera de este mundo. “Conozco a un hombre en Cristo, que hace catorce años (si en el cuerpo, no lo sé; si fuera del cuerpo, no lo sé; Dios lo sabe) fue arrebatado hasta el tercer cielo.” Pablo repite mucho de esto en el versículo 3, entonces dice, “que fue arrebatado al paraíso, donde oyó palabras inefables que no le es dado al hombre expresar.” Rompámonos la cabeza sobre esto un rato, y añadirá a lo que se ha dicho sobre las limitaciones del hombre. En Lucas 16:19 y en adelante un relato semejante a parábola se da tocante a los muertos, lo cual pinta el lugar de los muertos dividido en “lugar de tormento” y “el seno de Abraham,” separados por una gran sima. El punto

principal de la lección no es dar descripción de la eternidad, sino que el hombre debe prestar atención a la palabra de Dios en esta vida, si ha de escapar el tormento en la próxima.

El Apocalipsis de Juan describe varios aspectos del cielo de manera apocalíptica. Si respetamos el estilo de escribir figurativo (véase Isaías 13:9-13, 17), podemos aprender lo suficiente respecto al cielo para querer morar allá. Se nos dice que los fieles vendrán ante el trono de Dios y le servirán. Ya no habrá hambre; el Cordero los guiará a aguas de vida; y Dios enjugará toda lágrima (Apocalipsis 7:13-14). Cristo superará todo mal, y los que mueren en el Señor (los fieles) descansarán de sus trabajos (14:11-13). El galardón es representado en términos judaicos – la Nueva Jerusalén, descendiendo de Dios, con doce puertas de perla representando las doce tribus de Israel; doce cimientos representando los doce apóstoles; y una calle de oro (léase Apocalipsis 21 y 22). Las imágenes claramente son las de belleza inimaginable y gloria maravillosa, expresadas inadecuadamente a pesar de todos los adjetivos superlativos – [algo] deseado sobre todo. En la eternidad el verdadero *pueblo de Dios* morará en un ambiente digno de Dios, en la presencia de la Deidad. ¿Qué más podemos decir?

Parte el corazón oír perversiones materialistas del cielo. “Quiero una mansión de oro, forrada de plata” [como en cierto himno en inglés, mhr]. La palabra griega por “mansiones” en Juan 14:2 [en ciertas versiones en inglés, mhr], simplemente quiere decir una “morada,” y se usa después en el versículo 23, tocante al Padre e Hijo “haciendo morada” con el hombre. No dejemos que la codicia para posesiones materiales degrade los conceptos del hogar eterno del alma. (¿Y por qué quisiera alguien una casa hecha de material de calle?)

A menudo oímos a [otros] hablar de la eternidad como si todos fueren al cielo. Un letrero en la entrada de un cementerio decía “La Puerta a la Gloria,” y me movió a buscar la “otra puerta.” Nunca la he hallado a menos que esté allí en el primer letrero. ¿Podrá ser que invitamos dicho “otro” destino con palabras vanas y seguridad consoladora que vienen de amigos y amados de buena intención que no tienen ni derecho ni razón para tal esperanza? Lo que estoy queriendo decir es que, *hay dos (sí, dos) destinos en la eternidad*. Mira usted por favor, detenidamente, a Mateo 25:46. Después de la escena del juicio (los versículos 31 y en adelante) Cristo dice, “E irán éstos *al castigo eterno*, y los justos a *la vida eterna*.” Los dos destinos son de duración igual; declarado por la misma autoridad divina.

Dijimos en la introducción de este estudio, “La soberanía de Dios es vindicada en juicio final e irrevocable (2 Corintios 5:10), porque nadie puede rechazar a Dios con impunidad.” El hombre queda libre para decir “Sí” o “No” a Dios – o de otra parte somos solamente títeres, y nuestras palabras y acciones no tienen valor moral alguno. El cielo está preparado para los que dicen “Sí” – que glorifican a Dios en fiel obediencia de corazón. La gracia y misericordia de Dios hacen posible esto, como hemos visto. Pero la justicia de Dios exige el castigo eterno para todos los que rechazan su magnánima invitación. El mismo Apocalipsis que nos habla del cielo también dice, “Pero los cobardes e incrédulos, los abominables y homicidas, los fornicarios y hechiceros, los idólatras y todos los mentirosos tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda” (Apocalipsis 21:8). Jesús lo expresa sencillamente, “si no creéis que yo soy, en vuestros pecados moriréis” (Juan 8:24).

En este estudio el escritor ruega sin pena con el lector a considerar estos destinos eternos. Una vida de fe exige la abnegación – un golpe de muerte al orgullo que está basado en las ambiciones seculares. Pero con la fe genuina hallamos una “paz . . . que sobrepasa todo entendimiento” (Filipenses 4:4-9). Hay otras bendiciones en esta vida si estimamos el valor del

carácter, un hogar más feliz, mejor ciudadanía, y cosas semejantes; pero el cristianismo genuino nunca pierde su énfasis en la vida venidera – la promesa de un hogar en el cielo.

El pueblo de Dios no tiene organizaciones sectarias o nacionales, ya que la iglesia local es su única actividad colectiva. No buscan el dinero de usted, no tienen metas políticas, no están simplemente “hambrientos por [mayores] números,” pero están verdaderamente interesados por su bienestar espiritual como individuo. Reconocen su propia debilidad espiritual, pero confiesan esto libremente y piden perdón a Dios. **El pueblo de Dios** cree que Cristo ha ido a prepararles un lugar, y volverá “y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis” (Juan 14:2-3, 6).

La Gran Comisión

“Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo” (Mateo 28:19-20).

“Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura. El que creyere y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere, será condenado” (Marcos 16:15-16).

“Así está escrito, y así fue necesario que el Cristo padeciese, y resucitase de los muertos al tercer día; y que se predicase en su nombre el arrepentimiento y el perdón de pecados en todas las naciones, comenzando desde Jerusalén” (Lucas 24:46-47).

La Promesa en Abraham Cumplida

“Pues todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús; porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos. Ya no hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay varón ni mujer; porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús. Y si vosotros sois de Cristo, ciertamente linaje de Abraham sois, y herederos según la promesa” (Gálatas 3:26-29).

PREGUNTAS SOBRE LA LECCIÓN

1. ¿Podría el hombre comprender una descripción literal del cielo? ¿Por qué?

2. ¿Cuántos destinos hay en la eternidad?

3. ¿Qué exige la justicia para el pecador rebelde?

4. ¿Se dirige el cristianismo principalmente a esta vida? Dar una explicación.

5. Dar algunas características del verdadero pueblo de Dios.
